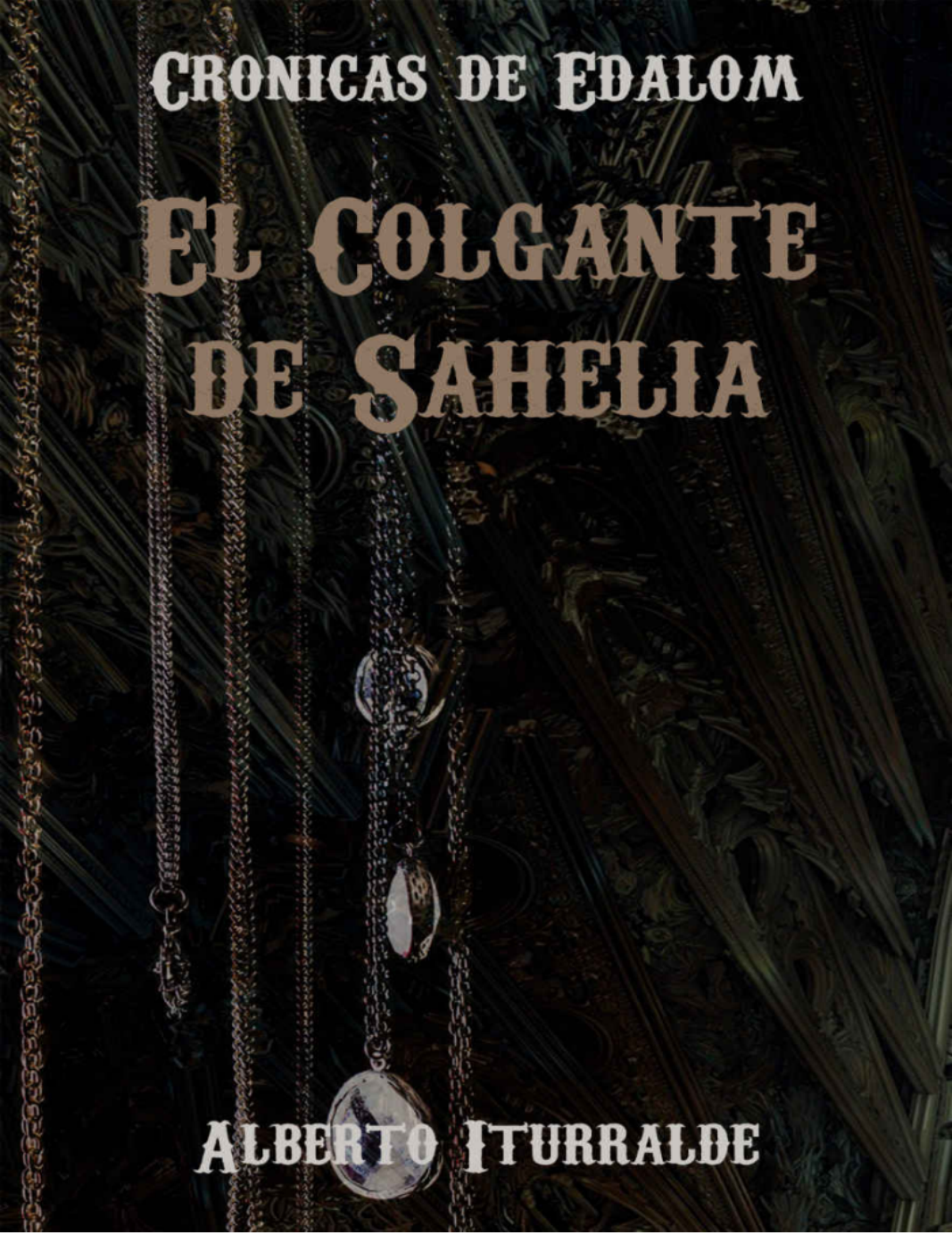
Cronicas de Edalom
El Colgante de Sahelia
Alberto Iturralde

Contenido

Mapa
Prólogo
Capítulo 1: La Protegida
Capítulo 2: La Franja
Capítulo 3: El Mercenario
Capítulo 4: Las Gemelas
Capítulo 5: El Mercader
Capítulo 6: La Iglesia
Epílogo
Nota del autor

Mapa

MAR DE TORMENTAS
Skylborg
Las Escondidas
Dorsal Alta
Lagos de Lungene
Cortina de Unng
Altsadum
Río Fjorl
ESTEPAS SALVAJES
DARENIEL
Cicatriz de Gaia
El Hoyo
Nafja
Troming
Tuur
Dorsal Baja
Aaniel
La Protegida
Niexi
Nipente
Peine de los Cielos
Río Lugna
Parkka
KHAZITIBER
Rieol
Rikkel
Río Turemis
Do Shol
Fan Si Fana
Mo Tang
Ha Gian
Río Glommar
Nistera
Nistria
Marblan
Fresulia
ALDERION
Rada Blanca
Nisdio
Numia
Kitazh
Finnja
Bosque Tenue
Nisenas
Goord
Río Elver
Annafa
Etaca
Romo
Alderion
Geerd
Heroklior
Teasos
Bala
MOHAD
Cretias
Kartalos
Isla Conejo
Altozano de Lokshmi
Sierra Húmeda
IMPERIO SUNA
Picos del Sol
Val'Lacq

Prólogo

Sonreía una dama en la corte,
De ojos blancos y porte regio.
Esa que en los cuadros más viejos,
Susurra secretos al rey del Norte.
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular

Sahelia llevaba días viajando, y ya empezaba a cansarse. Los caballos estaban bien para algunos días, pero cuando las travesías se miden en semanas de trote, casi que prefería caminar. Ingles doloridas, trasero duro como el acero y un dolor de espalda de competición. Llevaba tiempo preguntándose cómo sería la casa de su hermano, pero ya solo le importaba que tuviera un buen sillón y una cama mejor.

Por eso, cuando Ruto la invitó a sentarse en ese sillón de orejas tan mullido se sintió como en el paraíso. Ese que siempre le parecía tan lejano, tan inalcanzable. Maldita eternidad.

Encontró a su hermano más encorvado que la última vez, aunque en su rostro no había más arrugas. Llevaba la sencilla túnica gris con la que siempre lo recordaba, además de dos curiosos cristales que le agrandaban los ojos, unidos por un alambre colocado sobre su nariz.

– Son anteojos, uno de los últimos inventos que ha producido la Casa Docta –explicó Ruto al ver que despertaba la curiosidad de Sahelia–. Pruébalos.

Ruto le tendió el objeto y ella lo tomó con sumo cuidado. Se colocó el soporte en el puente de la nariz y observó en derredor. Las paredes llenas de anaqueles repletos de pergaminos antiguos, tratados varios e incluso libros modernos apilados aparecían difuminadas tras los cristales. La lámpara de araña que colgaba del techo parecía más grande, al igual que los motivos del mantel que cubría la mesita. Sahelia examinó su propia mano, poniéndola ante sus ojos. Poco más había en el salón para observar. A fin de cuentas, la casa de Ruto era el fiel reflejo de su propietario: sencilla y austera.

– Lo cercano se ve más nítido. Es… un gran invento, sin duda. Parece que lo de tu Casa Docta fue una buena idea. Ahora no se te resistirá ningún manuscrito, ¿eh, hermano?

– Eso es lo de menos. ¿Sabes a cuantos maestros les va a alargar la carrera este invento? Escribas, amanuenses, cronistas… Aquellos con peor vista, además, que por lo general son los más sabios. Los mercaderes partieron al continente hace meses, es cuestión de tiempo que lleguen a tu querido norte.

– Al norte le interesa ver mejor lo que está a cien leguas, no lo que tiene delante de sus narices –dijo Sahelia, entornando los ojos.

– Te he echado de menos, Sahe. Es la primera vez que me visitas en… ¿cinco siglos? –dudó Ruto.

– ¿Cinco? Vaya… ¡qué lento pasa el tiempo! Ya sabes lo que dicen, más vale tarde que nunca. ¿Alguno de los demás ha venido antes?

– Humo lo hizo hace unas décadas –Ruto estaba descorchando una botella de vino–. Y en cuanto al resto de nuestros hermanos… Bueno, ambos sabemos que no vendrán.

– ¿Humo estuvo aquí? Vaya, ¿y de qué hablasteis?

– ¿Vino? –preguntó Ruto, mostrándole la botella oscura.

– Si estuviéramos en el Norte te diría que no, pero jamás rechazaría vino de Alderion.

– Y haces bien. Es una larga travesía y, de no ser por el vino, no sé si merecería la pena –Sahelia no se lo discutió, y esperó a que volviera al tema que le importaba. Cosa que hizo Ruto mientras le servía una copa–. Humo vino preocupado por unas cadenas antiguas. Luego hablamos del pasado, del futuro, de Kitazh, del juramento…

– ¡Dioses! ¡Las cadenas! Pero, ¿se puede saber qué le dijiste?

– Pues lo que cualquier eterno en su sano juicio le diría: que no se pueden romper.

– Te equivocas, Ruto. Vengo de ver a ese tarado. He estado en los Dominios. Creo que… Humo se está volviendo loco, si no lo está ya. Empecé a sospechar la segunda vez que los cielos se tiñeron de negro. ¿Sabes cuantas van ya?

– Constaté el fenómeno un par de veces en los últimos años. Qué tiene eso que ver con…

– ¡No han sido un par, sino cinco! ¡Son los krouls! ¡Las cadenas! ¡El muy cabrón las ha roto! –hizo una pausa para tantear la expresión de su hermano, que estaba a mitad de camino entre la incomprensión y la incredulidad–. ¡Rayos, Ruto, cinco krouls! Humo ha liberado a cinco krouls…

– No es posible… ¿por qué?

– ¿No te habló de sus intenciones hace unas décadas? Bueno, quizá por aquel entonces solo fueran embrionarias. Parece que han ido madurando con los años. Quizá antes no estuviera preparado. El caso es que se aburre. Y como se aburre, ha decidido tomar el continente entero para imponer su propio orden. Me explicó con gran convicción que en sus dominios reina la paz. Que nunca ha entrado en guerra con ningún otro territorio.

– ¿Y qué hay de la batalla de Oldorir?

– También se la mencioné. Pero en ese caso tiene razón, todo apunta a que fue una agresión de varias tribus de las Llanuras. En fin. Está harto de jefes de clanes, de reyes y emperadores. Dice que los

hombres no saben gobernarse a sí mismos. Tiene preparado un ejército enorme. Algunos de los agentes del Cuerno son surcados.

– Surcados… Se podrían volver en su contra.

– No. Tiene a un secretista estudiándolos desde hace décadas. Un tal Hefaísto. Parece que ha dado con algún truco para que se controlen. Además, está haciendo levas en sus dominios y se encarga personalmente de asustar a los que rechazan instruirse con la espada. Está construyendo una armada de proporciones absurdas. Dime, ¿cuántos barcos tiene la marina de Alderion?

– Casi trescientos –susurró Ruto, cuyo rostro ya había adquirido un rictus de preocupación.

– Pues lamento decirte que su flota ya triplica a la tuya. Y los astilleros siguen bullendo.

– Pero has dicho que pretende conquistar el continente, no el archipiélago.

– Cierto. Pero ya llegará. Siempre estuvo obsesionado con Magnalia, ¿recuerdas?

– Sí, puede que conquiste Magnalia, pero Humo jamás se enfrentaría a nosotros. No conquistará tu Norte, Sahelia.

– Ah, ¿no? –Sahelia se bebió el vino de un sorbo–. Joder, que bueno está –y tendió la copa para que se la llenara de nuevo–. Me robó el colgante, el muy cabrón. Una "broma fraternal", al parecer. Mató a una norteña del otro lado de la Dorsal Baja, le puso mi colgante al cuello y anunció que Sahelia había muerto. ¿Te lo puedes creer?

– Bueno… Parece una broma típica de nuestro…

– Sí. Y lo peor es que los norteños se lo estarán creyendo. A saber cuántos imbéciles se abalanzan sobre el colgante. Puta codicia, ¿eh? Seguro que mueren unos cuantos. No me gusta que se metan en mi Norte. Hicimos un trato.

– Y los tres lo hemos respetado escrupulosamente. Alderion siempre procura mantener buenas relaciones con el continente. Ya sabes que no me gusta la guerra, yo soy más de letras y…

– Lo sé, lo sé. Y lo veo –añadió, recorriendo con la mirada el sinfín de pergaminos colgados y rollos ordenados en las cuatro estanterías que cubrían las paredes del salón. También había apilados varios libros, la última innovación de los alderienses–. Te pasas la eternidad encerrado en tus ensayos y teorías, y te olvidas de mirar por la ventana para ver lo que pasa al otro lado del mar. He venido a avisarte, Ruto, se acerca la guerra. Una guerra como las de antes, me temo. Como las primeras.

– Yo no pienso oponerme a Humo, y si tú tampoco lo haces, la guerra solo será una pequeña campaña más, como las de ahora.

– ¿Crees que nuestros hermanos se quedarán de brazos cruzados en

Kitazh? –le dio tiempo para reflexionar mientras bebía otro sorbo de vino, esta vez con más calma, y luego volvió a la carga–. ¡Recuerda ese sueño de Harum! "La sombra caerá sobre el día por quinta ocasión", rezaba, "Y rotas habrán quedado las cadenas del tiempo". ¡Las cadenas, joder! ¡Se acerca un puto desastre!

– Arde, arde la isla y asciende el fuego helado… –susurró Ruto, más para sí que para su hermana. Su rostro había palidecido hasta más no poder, y eso que tenía poco margen.

Sendos hermanos se miraron a los ojos. Una mirada llena de secretos.

– Está bien, iré a los Dominios. Hablaré con Humo.

– Hazlo si quieres, pero no servirá de nada. Aunque no se meta con Alderion, Ruto, nuestro hermano ha despertado a los krouls. Esto ya no es solo un asunto mundano. Temo que se inmiscuyan otras fuerzas en la guerra. Y no me gustaría tener que enfrentarme a ellas.

– ¿Los hijos de las guardianas?

– El sueño de Harum hablaba de cinco fuerzas. ¿Qué más podría ser?

La mirada de Ruto se tiñó de preocupación. Fue a beber pero se dio cuenta de que su copa estaba vacía. Se sirvió otra vez y bebió todo el contenido sin rodeos.

– Si vuelven los heterocromos, tendremos un problema.

– No solo los heterocromos… Son cinco. Cinco fuerzas.

– Entonces… El continente tendrá un problema.

Capítulo 1: La Protegida

Bañaba una dama en los lagos,
De ojos blancos, cabellos rosados.
Danzaba entre pirañas y escualos,
Mas… ¿qué tiburones nadan en lagos?
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular.

La humedad flotaba entre la espesa niebla que rezumaba el soto. Holger escuchaba el rumor del río Lygna que serpenteaba por los valles de la Dorsal Baja dibujando imposibles meandros en el terreno. Bien lo sabía él, que llevaba siguiendo su curso desde que atravesó el primer puente desde Dareniel.

Había llegado a sus oídos otro rumor: el de la muerte de Sahelia. Aquello lo había empujado a probar suerte. Todos en el norte conocían a la secretista. Ella misma así lo había querido, hasta que la fama se volviera en su contra. Sahelia la manipuladora, la sombra del rey, la real bruja del Norte. Holger conocía las historias. Esas que aseguraban que la dama de las Mil Verdades había estado aconsejando a varias docenas de reyes a lo largo de los siglos. Aunque nunca se había creído las habladurías, un día sintió los efectos mágicos del colgante en su propia piel, y entonces no le quedó más remedio que ceder en lo referente a dicho objeto.

Ahora que la secretista había muerto, el destino de su colgante estaba en juego. No quería ni imaginar lo que pasaría si ese objeto cayera en malas manos. El poder de imponer la verdad en las mentes ajenas. ¿Qué sería peor? ¿En las manos de un asesino? ¿En las de un rey? ¿En las de la Iglesia? Un escalofrío le hizo temblar sobre su montura. Él era un hombre honrado y tan solo quería limpiar su apellido de tan inmerecida reputación. Una reputación heredada por un malentendido. Su padre jamás supo nada acerca de aquella emboscada que a punto estuvo de acabar con el duque. Se lo había jurado allí, en las mazmorras, el día antes de colgar en la horca con el cuello partido.

Apretó los ojos para reprimir las lagrimillas que asomaban por sus ojos azules. Azuzó con los talones a la yegua pinta y esta marchó al trote por la margen del Lygna, hasta poder atravesarlo por un puente de bambú de dudosa solidez. Se encaramaron a romas colinas, vadearon estrechos riachuelos, descansaron en los claros de bosquejos luminosos y comieron en las posadas del camino de Dos Nieves.

Desde la loma en que se encontraba atisbó el humo de una chimenea y su estómago se impacientó ruidosamente. Estaba harto del *guresh*, esa densa sopa de cerveza con queso y picatostes. Pero su ya

ligera bolsa de dineros menguaba día tras día, y no le permitía optar ni a pollo ni a jabalí, y mucho menos a oso.

– Dos reales y veinte cuñas –exigió la posadera.

Era una mujer de avanzada edad, con el rostro arrugado y lleno de verrugas y una sonrisa aterradora. Holger sacó su bolsa del bolsillo interior del jubón, cuidándose de las miradas de los demás comensales.

– No tengo veinte cuñas, solo diez.

– Entonces señor, dad tres reales.

– No pienso pagaros tres reales por una sopa.

– ¿Entonces señor?

– Entonces, señora, os daré dos reales y diez cuñas y me iré sin causar alboroto.

Holger dejó las monedas sobre la húmeda y agrietada barra de roble y se dio media vuelta.

– ¡Por el aliento de Omogo! ¡¿Cómo se atreve un soldado del duque Aasenborg a robarle a una humilde posadera de las tierras bajas?! ¡Cielos quemados! ¡En nombre del honor, no dejaré que se dé semejante afrenta ante mis ojos!

El hombre que había hablado acababa de levantarse de la banqueta y sujetaba una damajuana en la mano derecha, y la izquierda descansaba sobre el pomo de un viejo sable que le colgaba del talabarte. Los presentes se quedaron mirando al tipo erguido y a Holger, como evaluando a cada contendiente. Pero Holger se alejó de la barra ignorando las palabras del borracho y pasó de largo por el pasillo, sin prestar oído a los cuchicheos que manaban de las mesas.

– ¡Al diablo con vos! ¡Soy Darío Le Guen! –repitió el tipo, sacudiéndose el flequillo y desenvainando su hoja–. ¡Os ordeno que os detengáis o, de lo contrario, me veré obligado a deteneros yo mismo!

Holger se giró y lo miró a los ojos. No había miedo en ellos, y eso solo podía deberse o bien a la insensatez o bien a la embriaguez. Al igual que los ojos, tenía el cabello castaño salvo por una parte del flequillo que era totalmente blanco. Se fijó en su barba, demasiado bien cuidada para lo descuidado de su atuendo. Evaluó al resto de hombres y mujeres que había en el local. Distinguió el escudo de los Sorenborg, el castillo azul sobre fondo amarillo, y el alce negro de los Maarensen. En su rápido vistazo no vio a nadie capaz de hacerle frente.

– Señor Le Guen, ¿de verdad valoráis vuestra vida en diez cuñas? Haced el favor de ahorrarme vuestra muerte, mi conciencia ya lleva buen peso. Todavía os queda ese fondo de hidromiel que saborear antes de que caigáis desmayado y os roben vuestra bolsa y esa mierda de sable oxidado.

– ¿Es que no habéis oído mi nombre todavía? ¡Soy Darío Le Guen!

Legendario liberador de Rimena, héroe de los Cerros de Lodo, en más de mil luchas soldado del Bien, el azote de los Escarabajos, la guadaña de…

– Buenas tardes, señores –cortó Holger abriendo la puerta de la posada para salir al frío exterior y alejarse de ese charlatán.

Caminó por el sendero de tierra, evitando pisar los charcos para no calarse las botas de nuevo. Alcanzó las caballerizas donde esperaba su yegua y montó. Al pasar de nuevo junto a la posada, se encontró con un hombre tumbado sobre uno de los charcos del sendero. Lo examinó desde la altura de su silla de montar, sin hacer que la yegua se detuviera, y sin esfuerzo ni sorpresa constató que se trataba de ese mequetrefe borracho y entrometido. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

*

Las montañas de la Dorsal Baja ya empezaban a mostrar sus vertientes escarpadas y tachonadas por las primeras nieves. Para muchos, aquello habría sido suficiente para considerar que ya estaban en el norte. Pero Holger había nacido en la Dorsal Alta, y sabía que aquello no era el norte del que se hablaba en las historias. No. Aquello solo era el extremo sur del norte, un lugar en el que los Pieles Blancas podrían vivir desnudos sin estornudar ni una sola noche.

Pese a que Holger había vivido largos años en Altsadum e incluso había participado en escaramuzas en la Dorsal Alta, se arrebujó en su capa empapada y posó la testa sobre la crin de su yegua pinta para guarecerse del frío viento. Llevaba una semana viajando, y tres días desde que tomó el camino de Dos Nieves en dirección a La Protegida.

Empezaba a hacer frío, y su jubón rojinegro adornado con dos leones rampantes dándose la espalda era precioso, pero no tan caliente como hubiera querido en esos momentos. La capa de piel ayudaba, cierto, pero no cuando estaba así de calada. Maldijo a la lluvia. Maldijo al frío. A la nieve. Al camino.

Su bolsa de dineros le limitaba a una comida por día. Un maldito *gulesh*, para colmo. Deseó ser más ducho en el arte de la caza, pero tuvo que reconocer que su padre tenía razón. Era un patoso. Maldijo al dinero. Maldijo al *gulesh*. Al norte. A su padre.

Entre maldiciones y lamentos atravesó las primeras granjas que veía ese día y, poco después, aparecieron los muros de la ciudad. Sus labios formaron una sonrisa y se complació al ver que aún sabían hacerlo. No hay nada como sonreír. Azuzó a su yegua y esta aceleró el trote, añadiendo un pequeño relincho de alegría. Ella también tenía ganas de llegar: La Protegida.

*

Desde la ventana de *El Zorro y el León* podía verse el puzle que componían los tejados más bajos y abigarrados, así como las chapas

que cubrían los callejones para abrigarlos de la incesante lluvia. El agua discurría sonoramente hasta caer en cientos de pequeñas cascadas y seguir su camino cuesta abajo por las ingeniosas canalizaciones. Holger había oído que allí el sol no solía dignarse a aparecer. Pero eso a Holger le traía sin cuidado. Estaba acostumbrado a la lluvia. Acababa de pasarse diez días cabalgando con la ropa mojada y ahí estaba, de pie, en forma, presto para el combate. Pero eso tendría que esperar un día más.

– ¿Cuántos han venido a luchar? –preguntó al posadero, que era un tipo de rostro escueto, cuerpo esmirriado y dedos huesudos que tamborileaban sobre la barra mientras observaba a sus huéspedes con esos ojos atentos.

– Seis inscritos había ayer, señor. A lo mejor hoy ha venido alguno más.

El antaño soldado del duque Aasenborg recorrió la sala con la mirada. Había allí gentes venidas de los cuatro puntos cardinales. Cuatro mercaderes comentaban el incremento del precio de los peajes de las rutas darenís y se indignaban ante su pobre mantenimiento. Una cuadrilla de hombres de barbas tupidas ataviados con camisas de cuadros y tirantes jugaba a las cartas en una de las mesas del medio, armando un alboroto que convenía a aquellos que urdían planes a escondidas. Esos siempre solían sentarse en las esquinas. En la más alejada de su posición había dos ancianos, uno de ellos llevaba puesta la toga azul celeste de los sacerdotes limereos. En otra esquina charlaban visiblemente relajadas dos crías cuyos vestidos ajados eran propios de la clase social que frecuentaba esas tabernas. Una de ellas se giró hacia él con mirada acusadora. Acusadora y fría, con ojos del color del hielo. Cuando la otra hizo lo mismo, Holger se percató de que eran gemelas. Y que no tendrían más de quince o dieciséis.

Volvió a sus asuntos para dirigirse al hombre que le miraba desde detrás de la barra.

– Uno más, al menos – dijo Holger sonriendo de un modo siniestro–. ¿Ya ha tenido lugar el entierro?

El posadero dejó por un instante el molesto tamborileo de sus dedos, se enderezó y caminó lentamente hacia el gran reloj de agua que tenía a la vista de todos, como si se tratase del bien más preciado del local. Lo miró o, mejor dicho, lo admiró. Lo tocó con sus dedos, que aparentemente tamborileaban en cualquier superficie, y finalmente se volvió hacia Holger.

– Estarán terminando ya, señor.

Holger se terminó el hidromiel que le quedaba en la jarra y dejó en la barra unas monedas. Acto seguido se marchó apurado, sin despedirse del viejo posadero.

*

Corrió como pudo por las concurridas calles de los arrabales de La Protegida, dando empujones involuntarios a molestos viandantes e incluso haciendo que una carretilla vertiera parte de las piedras que transportaba sobre el pie de un crío que se puso a chillar como si no hubiera un mañana. Pasó por la Puerta de la Liebre y dejó atrás los barrios más pobres avanzando por la calle de los espejos, cubierta por ese destartalado techo de chapas que goteaba por doquier. Salió de nuevo a la lluvia para atravesar el Arco de Flores y giró a siniestra para alcanzar el Mercado de la Cosecha. Allí, un colmenero trató de pararle los pies para ofrecerle sus productos, pero Holger le cogió el bote de polen que sostenía y lo estampó contra el suelo ante la atónita mirada del vendedor. Nadie más le estorbó en ese mercado. Prosiguió su camino hacia las afueras, hacia los túmulos, al norte de los muros.

La Puerta del Invierno estaba custodiada por dos guardias con el uniforme calado que temblaban de frío. No abrieron la boca cuando Holger salió de la ciudad, demasiado ocupados tratando de controlar su tiritona. La lluvia acabó por calarlo a él también, pero Holger ya sonreía al ver la piña que formaba el grupo de intrépidos que habían acudido a los túmulos.

Era una amplia colina de hierba alta donde los lugareños habían ido colocando lápidas y piedras más o menos grandes y grabando epitafios con caligrafía más o menos decente. En cuanto a la ortografía, Holger no estaba muy seguro.

Se relajó cuando vio al grupo de gente que seguía allí congregado, discutiendo a voz en grito.

– ¡¿Y quién va a guardarlo?! –oyó que decía una voz aguda y femenina que denotaba un muy mal humor.

– ¡Eso! ¿Quién? –secundó una voz que era todo lo contrario, grave y atronadora.

– ¡Yo me encargaré! ¡Os prometo que…! –empezó alguien que se le hizo imposible distinguir entre el gentío.

– ¿Y cómo sabremos que no mientes, si tienes tú el colgante? –otra vez la voz de la mujer.

– ¡Pues porque os lo prometo!

– ¡Me importa un carámbano tu promesa! ¡Ni hablar! –zanjó la mujer.

– ¡Eso! ¡Un carámbano! ¡Ni hablar! –secundó el de la voz grave.

– ¿Entonces, quién? –preguntó el que se había propuesto voluntario para guardar el susodicho colgante.

El silencio reinó por unos segundos y flotó en el aire, únicamente roto por el chirrido de algún grillo desvergonzado y el movimiento de las hojas zarandeadas por el paso del viento del norte.

– Pues luchemos hoy. ¡Luchemos ahora! –vociferó un gigantón cuyo cráneo era como una cáscara de huevo resquebrajada, calvo y

surcado de cicatrices.

– ¡Sí! ¡Vayamos a la Franja! –exclamó otro grandullón con un brazo en alto.

Cuando vio que todos los allí presentes se giraban para mirar a la ciudad y, al encontrarse en medio se fijaban todos en él, sonrió. La Franja. Precisamente a eso había venido.

Capítulo 2: La Franja

Cantaba una dama en el bosque,
De ojos blancos brillando en la noche.
Se acercó un hombre entre la bruma,
Mas… ¿qué hombre aúlla a la luna?
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular.

Galio sonrió. Disfrutaba viendo luchar a sus contrincantes en ese agujero de mala muerte. Porque eso es lo único que encontrarían allí: mala muerte. ¿Acaso había alguna forma buena de encontrar la muerte? Ignoró la vía que tomaban sus pensamientos para volver al combate. Eran dos tipos enormes, como los otros cinco contendientes que esperaban a un lado. Todos le sacaban una cabeza como mínimo, y tenían unos brazos más gordos que sus piernas. La mitad de ellos estaban cubiertos de tinta. Nunca había entendido esa obsesión que tenían los norteños por los tatuajes. Se tatuaban símbolos en los brazos y hasta se dibujaban algo que representara su oficio.

Sin embargo, nada de eso le importaba. Galio sonreía. Allí, en las frías y lejanas tierras del norte, era libre. Y en cuanto tuviera el colgante de Sahelia en sus manos, podría volver al sur para serlo allí también. Y lo haría. Con el poder de Sahelia volvería a su tranquila vida de antaño en Bosquealto. Podría volver a dedicarse a sus piedras en la cantera, volver a silbar en los caminos sin miedo a ser visto, volver a charlar con cualquier viandante en el mercado de Brahmana como cualquier vendedor normal y corriente. Volvería a compartir el lecho con su querida Shina, a la que tanto de menos echaba. Le pediría matrimonio y tendrían dos hijos, de piel bronceada como los suná y de ojos rasgados como los de ella pero claros como los de él.

En cuanto a los limereos, ni siquiera se darían cuenta de quién era. No recordarían su cara o, si lo hacían, no recordarían su condición. Y si por casualidad sus ojos volvían a jugarle una mala pasada en presencia de los sacerdotes, tan solo tendría que recurrir al colgante y a la mentira. Sí, estaba decidido, tan pronto como tuviera el colgante se volvería derechito a Suna.

Los gritos del tostado gigantón le devolvieron a la realidad de forma brusca y desagradable. Deseó no haber vuelto, pues lo que siguió fue un rodillazo que abrió el cráneo de uno de los luchadores, silenciando sus gritos al instante pero haciendo un sonido en ningún caso más agradable. En absoluto. Galio estaba harto de tanta violencia. Por eso tenía que luchar una última vez. “Esta será la última”, recordó que se había prometido. Lo que no logró recordar fue cuántas veces se había hecho tal promesa.

La voz se había corrido por toda la ciudad, colándose por todas las puertas y ventanas como los rumores más jugosos. Enseguida acudieron varias docenas de curiosos y la pequeña Plaza del Topo se llenó, de modo que el resto tuvo que acomodarse en los alféizares de las ventanas y los balcones. Aunque, para Galio, quienes disfrutaban de las mejores vistas eran los niños, que se habían encaramado a los tejados. Negó con la cabeza. ¿Cómo no iban a ser los norteños tan bestias si desde niños se les exponía a tanta violencia y brutalidad?

La Franja era una especie de tumba, en realidad. Un rectángulo cavado entre adoquines en el que apenas cabía un hombre tumbado con los brazos y piernas estiradas. Era bastante hondo: uno podía saltar al interior sin hacerse daño, pero no podía volver a subir sin la ayuda de una cuerda o un par de manos amigas.

– ¿Tienes miedo?

Galio volvió la cabeza para mirar a la niña que se encontraba frente a él, sobre unas tejas mugrientas. Ni siquiera la había oído acercarse.

– No –se limitó a responder.

– Mi padre dice que si no tienes miedo de la franja, entonces es que eres tonto.

Galio soltó una alegre carcajada. Desde la noticia de la muerte de Sahelia le resultaba mucho más fácil sonreír. Y en cuanto se hiciera con el colgante, pensó, sonreiría a todas horas.

– Tu padre es un hombre sabio, chiquilla. Pero uno no elige tener miedo. Quien lo tiene, puede decidir ignorarlo. Pero quien no lo tiene… ¿cómo puedo tener miedo, chiquilla?

La niña se llevó el dedo índice a la boca y se le quedó mirando con una ceja arqueada. Galio volvió a la aclamada manifestación de violencia y locura que se desataba bajo sus pies, en la franja.

Sacaron el cuerpo inerte y ensangrentado del tostado, con la ayuda del vencedor, pero este último se quedó en el agujero y pidió a gritos que se metiera su siguiente rival. Ya solo quedaban tres, contándose a él. Pero Galio había decidido matar al menor número de personas, de modo que sería el último.

La chillona muchedumbre bramaba el nombre de ese soldado de los Aasenborg, a juzgar por el jubón rojinegro que mostraba dos leones rampantes dándose la espalda: “¡Holger, Holger, Holger!”. Y el tipo alzaba los brazos como si lo que acababa de hacer lo convirtiera en un héroe. ¿Por qué lo aclamaban? ¿Por qué celebraban así la muerte de un hombre inocente de todo crimen? ¿Quién había decidido que el colgante se ganaría en combate singular? ¿Por qué no podía comprarse con dinero, como en las ciudades civilizadas?

Galio lo sabía, pero aun así le costaba creer que esa fuera la opción más adecuada. Siete combates a muerte, para que un hombre de los

ocho pretendientes pudiera colgarse el trofeo. ¿Y luego qué? ¿Y si se lo robaban? Las siete muertes se habrían cobrado totalmente en vano… Sacudió la cabeza para quitarse las dudas de encima y se dispuso a observar el combate.

– ¿Eres pobre?

– Solo un poco –gruñó Galio. No le importaba ser pobre, pero prefería que no se lo recordaran.

– ¿Y no tienes para comprarte unas botas? –insistió la niña, ahondando en la herida.

– Me gusta ir descalzo –zanjó, y se concentró en el combate que se estaba librando bajo sus pies embarrados.

El tal Holger se manejaba muy bien en el cuerpo a cuerpo. Calculaba sus gestos y no se precipitaba, aunque a veces carecía de agilidad suficiente para esquivar los golpes de los adversarios más veloces. O quizá careciera de sitio, al fin y al cabo, aquello era casi como luchar en un ataúd del que ninguno de los dos podía huir.

Las espadas no tenían mucho sentido en una franja como esa. Desde que había llegado al norte como exiliado, tres años atrás, jamás había visto a ningún combatiente usar un arma pesada en la franja.

Al cabo, la niña se acercó hasta colocarse a su lado. Luego, llevó la vista hacia la franja y señaló.

– ¿Por qué os peleáis por ese colgante?

– Es muy caro… –soltó de inmediato, con el tono de quien miente para ahorrarse una larga explicación.

– No soy tonta –gruñó la niña, ofuscada–. Sé para qué sirve. No lo queréis para venderlo.

– Entonces, ya sabes por qué nos peleamos por ese colgante.

– Para contar mentiras –concluyó ella.

– Al contrario, chiquilla, para contar verdades.

De nuevo, los gritos desesperados de uno de los duelistas le devolvieron a la realidad. La niña se tapó los ojos, pero Galio se volvió hacia la franja para ver quién acababa con quién. Sin sorpresas: ese tal Holger había vuelto a vencer. Ya solo quedaban dos combates. El suyo sería el último.

– ¡El siguiente combate enfrentará a Holger Rompecráneos contra Galio de Bosquealto!

– ¿Eres tú? –preguntó la niña. Galio asintió con gesto extrañado–. Ese hombre me da miedo. Espero que ganes.

– Gracias, chiquilla. Yo también.

*

Pero Galio no estaba dispuesto a luchar aún. Se dirigió hacia el maestro de la ceremonia consciente de que todos lo observaban extrañados. Se esperaba que fuera directamente a la franja. Holger también pareció extrañarse al principio, pero no se sumó a los

abucheos del público, sino que se sentó a esperar en un extremo del agujero bañado de sangre.

Todavía faltaba otro combate, y lo último que deseaba era tener que acabar con la vida de dos personas. Sabía lo que pesaba cada muerte en su conciencia, lo había aprendido con los años y los errores. Los rostros de sus víctimas volvían cada noche para atormentarle. Al principio, durante varios años, solo venía una. La cara de una anciana que le decía que no se preocupara, que nada había sido culpa suya. Pero ambos sabían la verdad. Y las verdades dolorosas solo atormentan a los vivos. De modo que la anciana no sufría ese tormento. ¿Pero quién sabe dónde estaría?

– ¿Qué ha sido de Ulk Manosfrías?

– Se ha largado –respondió el locutor sin alzar la mirada de su tablilla, donde anotaba palabras y números sin parar–. Dijo que ya le encontraría otro colgante a su mujer.

Galio bajó los hombros y suspiró relajado: sería su último combate. En ese caso… Se giró hacia el agujero y observó a Holger unos instantes. Se notaba que tenía la respiración agitada aún. Estaba cansado. Llevaba ya cinco duelos encarnizados y eso, por mucho aguante que uno tenga, pasa factura. Galio sabía que no era justo, pero allí, en las Estepas Salvajes, no existía tal concepto. Las cosas eran como eran, y la gente las aceptaba sin rechistar. Así lo había querido ese tal Holger.

Escuchó los abucheos de toda esa gente que había acudido a ver cómo un puñado de ávaros se mataban entre sí por un colgante del que muchos nunca habían oído hablar. Sonrió, todavía les aguardaba una sorpresa mayor.

Volvió a caminar hacia la franja y saltó al extremo desocupado. Con unos ojos tan azules como los lagos de Las Escondidas, Holger le dirigió una mirada siniestra desde el otro y, lentamente, se puso en pie. La sangre que salpicaba su rostro daba un color rojizo a la tupida barba rubia que acababa en una trencita. Tenía la nariz bastante deformada, como si le hubieran roto el tabique media docena de veces.

– El último –dijo el norteño, sorbiéndose la nariz.

– El último combate –ratificó Galio, más para sí que para responder.

– No para mí –el barbudo escupió un gargajo ensangrentado y se colocó en posición–. No te preocupes, enterrarán tu cuerpo en los túmulos. Descansarás en paz con los demás.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Galio reflejaba más tristeza que alegría. El que ejercía de locutor lanzó la moneda. El metal cayó al barro, sin hacer ruido, pero no hacían falta oídos para saber que había empezado el duelo que decidiría el destino del colgante de

Sahelia.

Sintió el tacto de la tierra húmeda. Tomó una gran bocanada del aire terroso que se concentraba ahí abajo. Notó como el barro acariciaba sus pies y los envolvía, protegiéndolos de la lluvia y prometiendo mediar a su favor en esa batalla. Sí, eso lo tranquilizaba. Tenía la certeza de que la tierra siempre estaría a su lado. De su lado. Hasta el final. Sobre todo al final, caviló.

Holger se lanzó hacia delante y arremetió con su daga, pero solo encontró el aire. Galio se había agachado con tal rapidez que hasta le dio tiempo de oponer una pierna y hacer que su atacante trastabillara. Empujó al desequilibrado Holger para terminar la faena y este cayó de morros al barro.

Se oyeron las carcajadas desde arriba, incluso las más lejanas que provenían de los tejados. Seguro que hubo quien no había visto nada y también se reía, pensó Galio. ¿Para eso iba a matar una vez más? ¿De verdad tenía que matar a ese hombre para entretener a esos bárbaros del norte? ¿Acaso no habría sido más fácil quitarle el colgante al locutor y largarse? Ya daba igual, bien sabía que cuando entraban dos seres vivos en la franja, solo podía salir uno de ellos.

Galio cambió de lado en la franja, cosa que pasaba en muy pocos combates, porque apenas había sitio para cruzarse. Esperó a que su oponente se levantara de nuevo. No fue mucho. Holger volvió a la carga y lanzó su hoja en un fulgurante movimiento horizontal que buscaba sus costillas. Falló otra vez. Galio había saltado y apoyando ambas manos sobre los hombros de su rival para propulsarse le pasó por encima y volvió al otro extremo de la franja. Holger se giró al instante, con los ojos abiertos como platos.

– ¿Quién eres? –quiso saber el soldado.

– Un cantero de Bosquealto –pero el tono en que lo dijo dejaba entrever algo más.

Justo en ese momento sintió el cosquilleo. El cosquilleo de poder que siempre le embriagaba. El barro bajo sus pies estaba ansioso, al igual que él. No era muy oportuno recurrir a su poder ahí, delante de tantas miradas. Ni siquiera era necesario. Pero la tierra lo llamaba, y él llamó a la tierra. Sintió el cosquilleo en los ojos y supo que aquello lo delataría.

Se fijó en la mirada de Holger. Ya no era ese toro salvaje y confiado que trataba de aparentar, más bien parecía un cabritillo asustado. Muy asustado.

– Tus ojos… Eres… –Holger tragó saliva–. No…

Fue como si el barro a sus pies cobrase vida propia y se secara en torno a las piernas del soldado, imposibilitándole la tarea de moverse. De la pared de tierra surgieron unas raíces húmedas y embarradas que abrazaron al bárbaro, apresándolo contra uno de los extremos de la

franja. Holger balbuceaba y se lamentaba. Hablaba de una tal Annbjorn y le pedía perdón. ¿Hacía falta matarlo? Aunque ese tipo hubiera acabado con cinco vidas ese día, Galio no quería hacer lo mismo.

El silencio se había adueñado del lugar, y solo la lluvia lo rompía con su incesante arreciar. Al cabo, Galio liberó su poder y la porción de barro sobre la que se encontraba se elevó, creando una columna de tierra que lo colocó a la misma altura que el locutor. Este retrocedió cuando Galio se acercó con la mano extendida.

– Pe… Pero… Has hecho trampa…

– ¿Trampa? –Galio puso cara de no entender al tiempo que avanzaba hacia el trémulo anciano.

– Eres… Eres un hijo de… las Destructoras.

– De las Guardianas –corrigió Galio–. Ya se ha vertido suficiente sangre en esa franja. Y en este pueblo. Dame ese colgante. Por las buenas, te lo ruego.

– ¡No se lo des! –gritó una voz poco convencida. Alguna que otra la secundó.

– ¡Dáselo! –instó otra mucho más aguda desde los tejados–. ¡No queremos problemas!

– Sí, ¡no queremos problemas! –insistió un vozarrón de lo más grave.

El locutor se sacó el objeto del bolsillo de la gruesa capa marrón y Galio prácticamente se lo arrancó de las manos. El hijo de las Guardianas se lo puso al cuello sin perder el tiempo.

– ¡Escuchadme! –exclamó, volviéndose en derredor para dirigirse a toda esa multitud. Vio que la niña que le había estado haciendo preguntas escapaba a toda prisa por un callejón–. ¡Esto que llevo no es el colgante de Sahelia! Es una bagatela sin valor. ¡El verdadero colgante de Sahelia ha sido destruido! Y en cuanto a mí, ¡no soy un heterocromo! Soy Galio Eremuth, cantero en las cercanías de Brahmana, en Bosquealto.

Salió de La Protegida con las ropas empapadas y pegándosele a la piel, pero no le importó, porque el calor que emanaba del ópalo del colgante era mucho más reconfortante. Un calor que ninguna estrella, ningún fuego podría darle jamás. El calor de una promesa. La promesa de una vida apacible, aquella con la que llevaba años soñando con recuperar. La vuelta a su hogar.

Capítulo 3: El Mercenario

Vagaba una dama por las vastas dunas,
De ojos blancos y estómago hambriento.
Una vaca encontró y comió con premura,
Mas… ¿qué hacía la vaca en el desierto?
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular.

Tenía un dolor de cabeza de competición y una fiebre que no le bajaba por cien paños helados que se pusiera en la frente. Se había tomado varias tazas de agua tibia con miel y limón, de miel y tomillo, de miel y… a saber que otras hierbas le había metido esa anciana posadera. No podía decirse que fuera un encanto de mujer, ni una curandera eficaz visto lo visto, pero al menos lo había intentado con mucho ahínco. Y Darío Le Guen se lo agradecía. En ese momento, cavilaba sobre la posibilidad de hacer una mención especial a la señora del local cuando redactara sus memorias. Arrugó el ceño al pensar en la pequeña desventura acaecida con ese soldado que había osado mancillar su honor. Pero eso no lo mencionaría. O quizá sí, pero cambiando algún que otro detalle.

Le Guen se apeó de la cansada mula y la llevó de las riendas hasta llegar a la altura de las puertas de la ciudad.

– ¡Buenos días, caballeros!

– Y ventosos, señor –replicó un guardia con media sonrisa.

– No somos caballeros –rezongó el otro, alzando la barbilla y poniéndose firme.

– ¡Pero algún día lo seréis, estoy seguro de ello! ¡Os lo merecéis, buen hombre, sin duda os lo merecéis! Qué noble tarea la vuestra. La primera barrera frente al enemigo. ¡Y la más dura! ¡Más sólida que cualquier muro! ¡Sois las primeras alabardas! ¡La más leal protección de esta hermosa ciudad que hasta en su nombre os honra! Los guardias protectores de La Protegida, ¿no es genial?

– Lo es –rio el primero–, hasta el día en que realmente tengamos que protegerla…

– Me encantaría quedarme a charlar en vuestra noble compañía, honorables centinelas, pero habréis de excusarme. He de liberar a esta ciudad del yugo de un terrible objeto encantado. ¡Un objeto maldito! ¿Quién podría hacer algo así?, os preguntaréis –hizo una pausa muy teatral, se rascó el bigote con mucha calma y por fin se presentó–. Ante ustedes Darío Le Guen, seguro habréis oído hablar de mí.

Los dos alabarderos se miraron con una expresión indescifrable. Uno parecía divertido, pero la cara del otro se encontraba en el otro extremo, el del tedio más profundo.

– Los vientos del norte no suelen traer noticias del sur, caballero.

– ¿Del sur? ¿Y del este? ¿Y del oeste? Mis huellas he dejado en todas las tierras de este continente. Desde las fangosas marismas de Mareas Rotas hasta las verdes praderas de los Mil Reinos, allá donde viven los cerberos. Hasta el desierto surqué, a camello y, cuando los despiadados Escarabajos me lo arrebataron, seguí descalzo, enfrentando todo tipo de peligros que ni la imaginación os permitiría siquiera esbozar. Me encaramé a las paredes de los Picos del Sol con estas hábiles manos, remé en los birremes Omorukele abordando navíos del rey Tenentor por la más justa de las causas: la supervivencia. Y a pesar de ello, dos años después asistí a la Justa de los Magnos en la magnífica ciudad de Magnalia, atravesé las Llanuras con un hermoso purasangre que me cedieron los Zulúr, después de mostrarme los secretos que se ocultan en las nubes. Incluso me…

– Creía que teníais prisa, señor –interrumpió el alabardero que se había puesto firme y parecía incapaz de sonreír.

– Por liberarnos de algún terrible objeto malévolo –apostilló el otro con mucho más humor.

– Desde luego, tenéis razón. Cuanto antes os libre del mal, antes podréis dormir en paz. No os preocupéis pues, amigos míos, Darío Le Guen os sacará de esta, y a cambio nada más que otra canción que los bardos se encargarán de difundir para engrandecer la leyenda. ¡A río revuelto, ganancia de pescador!

Le Guen entró en la ciudad con su fiel y obediente mula.

*

Tras preguntar en todas las posadas logró recomponer el puzle de lo sucedido en los días anteriores a su llegada. Habían enterrado a la secretista Sahelia en los túmulos, al norte de la localidad, fuera de las murallas. Allí los planes cambiaron, y en vez de esperar al torneo del día siguiente, se improvisaron los combates singulares en la Franja. Le Guen no podía aprobar una práctica tan bárbara por principios morales. Eso de matarse en un agujero bajo tierra, sin sitio para huir o esconderse, o aprovechar las ventajas del terreno… En fin.

Lo extraño fue lo que le contaron que ocurrió después. Un cantero de Bosquealto había vencido a un norteño que portaba el jubón con los leones rampantes del duque Aasenborg. Darío recordó vagamente a un hombre con uno de esos jubones saliendo sin pagar de una posada en medio del camino de Dos Nieves. Esa posada donde tan bien se lo había pasado comiendo hasta reventar, cantando trovas soeces de los mineros locales y cediendo ante las insistentes peticiones de las mozas del lugar para que las llevara a su cama. ¡Que no se diga que Darío Le Guen no cumple con su cometido, ya sea en la heroica misión de acabar con el mal como en la primitiva actividad del fornicio! Se palpó la bolsa de dinero que guardaba bajo la chaqueta, como

sopesando con dolor lo que en realidad le había costado eso del fornicio, la comida y el hidromiel.

Según contaban los bebedores de la mayoría de las tabernas de La Protegida (había evitado acercarse a un par cuya cerveza tenía mala fama) los hechos que siguieron al último combate eran confusos. El tipo de Bosquealto venció pero sin vencer, pues el soldado del duque Aasenborg seguía con vida en algún lado. Aun así, se le entregó el colgante, pero no el de Sahelia, sino otro sin valor.

– ¿Decís entonces que las muertes en la Franja se dieron por una baratija sin valor? –repuso Darío extrañado y fascinado–. ¡Vaya! ¡Los norteños nunca dejaréis de sorprenderme! Pero… ¿Dónde se encuentra entonces el verdadero colgante? ¿Lo sabéis?

– Fuse destruido, señor. Sí, destruido. Eso nos se dijon. El tipejo aquese ganador. De nombre Galio, o algo comeso.

Le Guen se quedó pensando un momento para descifrar el basto hablar del muchachote calvo que no tenía ni un pelo de listo. Afortunadamente, pensó, él tenía muchos. Hasta en el bigote.

– Entiendo… Así que fue el vencedor de los combates el que os dijo que el colgante de Sahelia había sido destruido… ¿Verdad? Es decir, os lo dijo el hombre que llevaba el colgante… ¿No os parece extraño?

– ¿Extraño? –el norteño levantó la mirada de su plato de *gulesh* para mirarlo con cara de no entender.

– Sí, extraño. Incongruente… Mmm, raro.

– No, señor. Aquese Galio verdades decía. Todo fuse muy… –buscó la palabra durante unos segundos– lógico.

– La verdad no siempre es lógica, y lo que es lógico no siempre es verdad.

Esta vez el calvo no dijo nada y ni siquiera se giró para mirar a Le Guen, sino que se limitó a seguir comiendo de su sopa. Sabía que ese hombre había sido víctima del colgante. El rompecabezas no tenía nada de tal, en realidad. Era sencillo. El vencedor, una vez se hizo con el colgante, declaró ante todos los presentes que el que llevaba al cuello era una baratija, y que el verdadero ya no existía. Así, se aseguraba que nadie se lo robara. Pero ese tal Galio no conocía a Le Guen. O quizá sí. Y si sospechara que iba tras el colgante estaría, muy probablemente, temblando de miedo. Sonrió para sí.

– De acuerdo. ¿Y cómo fue que ese Galio salió de la Franja sin dar muerte al soldado del duque Aasenborg?

– El soldado vencido fuse, señor. Quedose metido en el barro. Aquese Galio subió de la Franja con el barro. Sí, desa forma. Empujándose por barro.

De no haber sido porque las otras versiones contaban lo mismo, Le Guen habría tenido a ese calvo musculoso por loco. O un enfermo. Se había criado con ese tipo de personas en Mareas Rotas. Gente

supersticiosa y sumida en permanentes desvaríos. Gentes que montaban sobre cocodrilos, que se alistaban en las Espadas de Sal, se unían a la Sociedad del Sapo o peor aún, se hacían Adeptos de la Madre Luna.

Cuando salió de aquel antro con la novena jarra de cerveza meciéndose en sus tripas supo exactamente lo que tenía que hacer. Solo había una dirección posible para ir a Bosquealto. Y era por donde había venido: el camino de Dos Nieves.

*

Darío Le Guen odiaba el camino de Dos Nieves y en general los caminos del norte por una razón muy sencilla: había muy pocas posadas. Y las aldeas estaban muy distanciadas entre sí. Eso hacía muy difícil reabastecerse en cerveza, y un día entero sin cerveza era algo que no soportaba en absoluto. Pero ese día frío y soleado, Le Guen cabalgaba de buen humor. Parecía que nada podría quitarle la sonrisa de la cara, ni siquiera lo irritado que tenía el trasero. Y es que, en el camino de Dos Nieves había muy pocas posadas, de modo que si se daba prisa, encontraría al cantero de Bosquealto en unos pocos días.

El sendero de tierra estaba flanqueado a ambos lados por abruptas paredes de roca cubiertas de vegetación en la base y se perdía de vista curvándose hacia el sureste. Si la lluvia se había tomado un descanso, el viento ululaba por el cañón exhalando su frío aliento en la nuca desnuda del mercenario.

Y no solo el viento. Tenía esa molesta sensación de que alguien lo observaba. No dejaba de girarse para constatar que nadie lo seguía. Tras dos días de solitario e intermitente galope a lomos del cansado jamelgo por el que había intercambiado su mula, alcanzó la primera de las posadas, una que ya conocía.

Aferró el pomo de la puerta y negó con la cabeza al recordar al infame soldado de los Aasenborg y la desafortunada escena que había protagonizado por defender a la posadera. En una fugaz ojeada distinguió a varios soldados que llevaban el nuevo escudo de los Leneard, cuyo león había pasado del blanco al negro. Estaba también el alce de los Maarensen, el lobo blanco de los Odengaard e incluso la trucha de los Lungene, señores de los lagos más septentrionales. ¿Qué hacían ahí tantos soldados?

A Darío Le Guen no le interesaban los asuntos políticos de los reinos y los imperios, pero uno no podía evitar enterarse de cosas cuando se pasaba media vida en tabernas y burdeles. Para lo simples que solían ser los norteños, la familia real era, por el contrario, una cosa de lo más enrevesada.

El rey Rukkop Felenburg había tenido una primera esposa llamada Dagny. Era hermana del duque de Aaniel, Flint Aasenborg, a menudo referido como el hombre más rico del norte. Con ella tuvo dos hijas y,

a la tercera, un hijo. Sin embargo, todos los derechos que creían tener sobre el trono se desvanecieron cuando el rey se casó de nuevo, dos semanas después de que la tuberculosis se llevara a Dagny.

La segunda esposa del rey Rukkop, una tal Ebba Maarensen, era mucho más joven que la anterior. Hija del duque de Fresulia, Oprik Maarensen, el casamiento le garantizaba al rey el apoyo del ejército del alce negro. Ebba alumbró a dos hijos, Runar y Orjan, y el primero de ellos creció con el adiestramiento que reciben los futuros reyes.

Lo que más le divertía a Le Guen era el carácter mujeriego del rey al que, por los rumores, bien se habría podido cruzar en algún burdel de la capital sin darse cuenta. Se enamoró de una campesina a la que estuvo viendo en el palacio con el beneplácito de la guardia real. Quedó tan enamorado que insistió ante el pontífice en deshacer su matrimonio con Ebba para poder casarse de nuevo.

La Iglesia Limerea rechaza rotundamente el divorcio, alegando que lo único que puede separar a marido y mujer es la muerte. Era evidente que Ebba estaba al corriente de todo ese asunto, y quizá por esa razón la reina no residiera en el Palacio desde varios meses. ¿Se estaba preparando algo? ¿Por eso había soldados de diversas afiliaciones por los caminos?

El ruido de una jarra al romperse lo sacó de sus cavilaciones. Buscó un lugar adecuado, en una esquina, alejado de la entrada pero frente a ella para ver quien entraba y salía. La mejor mesa estaba ocupada por dos mozas adolescentes. No había nadie con ellas, cosa que le picó la curiosidad.

– ¿Qué hacen dos hermosas mujercitas en un antro como…

– No es asunto vuestro –rezongó la que tenía sentada de cara sin esperar a que terminara la pregunta.

– Pero qué maleducada, Janne. Por favor, sentaos, caballero. Estamos sedientas…

– La cerveza aquí no es mala, pero las señoritas precisan de un buen vino, sí… ¡Moza! –llamó al tiempo que se sentaba–. ¡Tráeme un odre de tu mejor vino de Alderion, y una jarra de cerveza más negra que un tostado y tan espesa como el chocolate!

– Gracias –asintió la más amable de las dos, la otra gruñó.

– Permitid que me presente, jóvenes damas. Soy Darío Le Guen, legendario liberador de Rimena, héroe de los Cerros de Lodo, en más de mil luchas soldado del Bien, azote de los Escarabajos, Segundo Alfanje del corsario Delaveine, guadaña honorífica del gobernador de Brahmana, descubridor del árbol de la niebla…

– Yo soy Hege –cortó la joven–, y esta gruñona es mi hermana gemela Janne. Advierto que no sois darení, entonces. ¿Qué os trae tan al norte?

– ¡La aventura, querida! Alguien como yo nunca deja de…

La puerta de madera se abrió de golpe y chocó con la pared, haciendo que todos los comensales se giraran hacia la entrada. Dos soldados sin yelmo, uno alto y orondo, el otro bajo y calvo, llevaban a un herido en parihuelas. Todos con el león de los Aasenborg bordado en sus gonelas.

– ¡Un sanador! ¡Rápido!

– ¡Haced sitio! –bramaba el de atrás.

Le Guen se levantó al instante y acudió rápidamente a la mesa donde habían extendido al herido. Enseguida se formó un corrillo lleno de curiosos. Una especie de rama gruesa salía del vientre del soldado, rodeada por una mancha de sangre oscura.

– Por todas la tormentas, ¿qué ha pasado? –preguntó el anciano que afirmaba ser sanador.

– ¡Los árboles nos han atacado! –respondió el alto, sin quitarse aún el susto de encima.

– ¡Los ents han despertado! ¡Nuestros bosques nos atacan! –soltó en tono burlón alguien que no se había acercado, desde una mesa donde otras personas estallaron en carcajadas.

Le Guen se puso de puntillas para ver quienes eran los que se mofaban. Hombres del alce: Maarensen. Estaba lejos de entender las razones de las rencillas políticas, pero ya sabía que esas dos casas, Aasenborg y Maarensen, llevaban siglos enfrentadas. Y en tiempos de paz, cuando más peligroso resultaba interponer aceros, lo suplían con provocaciones de esa índole.

– No hay ents en Dareniel –aseveró un hombre con una trucha repujada en la hombrera.

Nadie le hizo mucho caso. Le Guen no había visto nunca un ent, o al menos, no uno en movimiento. Aun así, le costaba imaginarse que un árbol pudiera representar una amenaza para un caballero. Se los imaginaba lentos y torpes, y en caso de querer atacar, ¿qué posibilidades tenía la madera contra el acero?

– En efecto… Esto es una raíz –descubrió el sanador, con aire atónito.

Aquello despertó una idea que dormía en la mente de Darío.

– ¿Había alguien más? –preguntó de pronto–. ¿Visteis algún hombre cerca?

– Sí –contestó el soldado calvo–. Un forastero suná. Salió por patas en cuanto nos atacaron los pinos. Como nosotros. Herb intentó luchar, pero…

Sintiéndolo mucho, Le Guen no se quedó a ver cómo acababa la lucha de Herb contra la muerte. Esa lucha estaba desequilibrada. Además, estaba seguro de que no había sido cosas de un ent. No. Pero un heterocromo andaba suelto por el camino de Dos Nieves, y con un colgante mágico que lo hacía aún más peligroso.

Recogió sus cosas de la banqueta y, sin sentarse, se echó la cerveza al gaznate. Hege lo miró, inquisitiva.

– No podrá ser esta vez, señoritas. El deber me llama. El vino corre de mi cuenta.

Y antes de girarse vació su bolsillo para dejar unas cuantas cuñas en la mesa. Haciendo cálculos mientras se dirigía a la puerta se dio cuenta de que no le llegaba ni para la cerveza. “Pues tendrán que fregar”.

Antes de salir, pasó por la mesa de los Lungene, se cercioró de que todos seguían observando al herido en la otra mesa y agarró discretamente una ballesta y su aljaba.

La evaluó de camino al establo: era de hueso y tejo, de las buenas. De las que jamás se habría podido permitir de otra manera.

*

El fuego chisporroteaba en mitad de la noche y Le Guen luchaba contra las ganas de acercarse a su vera. Había dejado de llover hacía apenas unos rezos y todavía estaba empapado. Era imposible secarse del todo en el norte. Maldijo cuando constató que su petaca estaba vacía. Apretó los dientes para dejar de tiritar unos segundos. Quería escuchar la conversación y el castañeteo constante era un incordio.

– Desde luego. La echo de menos.

– Tened por seguro que perdonará vuestra ausencia. Con ese anillo os perdonará cualquier cosa. Todavía no sé cómo se me ha ocurrido vendéroslo tan barato. Ese pedrusco solo se extrae de los Montes del Alma.

“Diamante. Diamantes de sangre”, pensó Le Guen, acurrucado tras el arbusto.

– Sé de donde se extraen. Y también cómo –el hombre hizo una pequeña pausa. Seguro que resopló–. Espero que mi mujer no lo sepa.

– ¡Oh, vamos! –lo alentó el otro, que debía de ser un mercader–. Todos los trabajos son duros. Miraos, sois cantero. ¿Acaso picar piedra es coser y cantar? Allí en el sur, por lo menos, el clima es mucho más apacible. ¿No creéis? Puede que se lleven algún latigazo, pero, eh, seguro que no se les congelan los mocos como a los norteños. ¡Y seguro que se ven la verga al mear!

Le Guen oyó las risas, y además le entraron ganas de orinar. Era de noche y hacía demasiado frío, desde luego que no se la iba a ver. Consideró el mearse encima como una forma de calentarse, pero la desechó. No era un buen momento. Estaba en plena misión.

Siguieron hablando de temas sin interés mientras Le Guen se congelaba tiritando y maldiciendo por lo bajo. Era importante ser paciente, bien lo sabía Le Guen, legendario liberador de Rimena, héroe de…

– Entonces, ¿atravesaréis la Cordillera de los Picos del Sol para

volver a casa?

Le Guen se sobresaltó. Otra pista: el cantero se dirigía a Suna.

– No. Buscaré algún mercante que se dirija a Riijk o a Rivetos y desde ahí bajaré para atravesar el Narmade.

– ¿Y por el Altozano de Lokshmi?

El tipo rio.

– Si alguna vez os ofrecen la oportunidad de ir al Altozano, daos la vuelta y huid. No conozco a nadie que lo haya atravesado.

Ya tenía bastante información. Aquel tipo era cantero, y se dirigía indudablemente a Suna. Le Guen era un hombre viajado, y por suerte conocía el Imperio: tras el Altozano de Lokshmi se encontraba Bosquealto. Ese tipo tenía que ser el campeón que se había hecho con el colgante en la Franja de La Protegida.

– Entonces, ¿son ciertas las historias?

– Bueno, yo diría que…

No dijo nada.

– ¡Ah! –gritó asustado el mercader–. ¡Joder! ¡Por el averno tormentoso! ¡Mierda! ¡No me matéis! ¡Soy un mercader! –se levantó con las manos en alto, mirando a todos lados. En su rostro alumbrado por las llamas se reflejaba el miedo del que acaba de vislumbrar su propia muerte–. ¡No llevo armas!

Le Guen disparó otro virote. Al mismo objetivo. Le temblaban las manos, pero los dientes habían dejado de castañetear. Miraba serio al mercader.

– ¿Está muerto?

– S-Sí. Joder, sí. Le habéis atravesado la mollera –el mercader cayó de rodillas–. Por favor… Tengo tres hijos…

– ¿Tienes algo para beber? –preguntó Le Guen.

– Vino de Alderion, señor. Podéis quedároslo. Y os daré toda la cecina que me queda si me dejáis vivir. Por favor…

– Bien, bien. Dame el vino y lo que tengas de comer. Y después lárgate. Rápido.

El cadáver estaba tirado bocabajo. Le Guen sonrió al darle la vuelta. Un virote, en efecto, le salía al cantero por el pómulo derecho, y el otro le había atravesado el pecho. No sabía mucho de anatomía, pero la experiencia le había enseñado que esas zonas eran las más seguras cuando se trataba de matar a un hombre por la espalda.

Se despidió educadamente del mercader, aunque sin desprenderse de la ballesta, y esperó a que se alejara. Desplumó al cantero lo mejor que pudo, quedándose con la mayoría de sus ropas, el anillo de diamante y sobre todo, el colgante que llevaba al cuello.

Le decepcionó un poco el pedrusco: un ópalo que refulgía débilmente ante las ascuas. Sin demorarse demasiado, tomó una tea y volvió al lugar donde había dejado el caballo, impaciente por probar

el poder de su nueva adquisición en la siguiente posada.

Capítulo 4: Las Gemelas

Jugaba una niña en la campiña,
De ojos blancos y cejas finas.
Un hada, dijo que había escondida,
Engañado, el niño cayó en la rapiña.
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular.

Janne estaba de mal humor. Un día más. Cada vez le resultaba más fácil mantener el ceño fruncido y más difícil sonreír. ¿Cuándo había sido la última vez? Hizo un esfuerzo por recordarlo, uno muy pequeño, sin embargo.

– Bebía más de lo que alguien de su estatura podría beber –comentó Hege, que llevaba a la escuálida yegua de las riendas.

– Como todos los de su calaña –respondió ella, que iba detrás–. Asesinos, ladrones, violadores…

– Si de verdad lo pensaras, lo habrías matado en la cama, Janne. En el fondo, sabes que era solo un desgraciado con aires de grandeza. ¿Cómo decía? ¡Salvador de nosédonde, héroe del barro, guadaña honorífica de los dioses de la imaginación!

Un bufido fue todo lo que Janne estaba dispuesta a conceder a su hermana. Tenía razón, ese Le Guen era un mercenario de pacotilla. Un idiota inofensivo. Pero aun así, las perseguiría en cuanto despertara y viera que había desaparecido su colgante.

Janne se palpó la faltriquera para comprobar que el objeto robado y vuelto a robar seguía ahí.

– Ya nos estará siguiendo –advirtió Janne.

– No creo ni que se haya despertado. Y cuando lo haga quizá ni se acuerde del colgante.

– Se acordará.

– Tal vez, pero entonces no encontrará ni su bolsa de dinero –Hege agitó una bolsita que produjo el agradable sonido de monedas tintineando–, ni su caballo. Créeme, hermana, estamos a salvo.

– Quizá cuando lleguemos al esquife.

El esquife era un bote desvencijado de unos cuatro o cinco metros amarrado a un muelle que crujía amenazando con derrumbarse bajo cada bota que lo pisaba. Varios tablones estaban partidos y colgaban sobre el caudal del río Lygna.

El barquero las saludó al verlas acercarse, haciendo visera con una mano.

– Lo de la yegua podría ser mala idea, mis queridas amigas.

– No la queremos. Te la vendemos por doscientos reales. Así nos pagamos el pasaje y tú la revendes más cara. Mírala, es magnífica.

– ¿Magnífica? Pero si parece que no ha comido desde hace una semana. Está casi tan flaca como vosotras. ¡Por el aliento de Omogo, la viva imagen de la hambruna! Entre las tres, podríais haber protagonizado folletos de propaganda mohadí.

– Está bien. Ciento cincuenta entonces.

– Os la compro por cincuenta.

– Ciento cuarenta y nos trasladas a la otra orilla por nada.

El hombre miró a Hege ceñudo.

– Eso viene a ser lo mismo que tu oferta anterior, el pasaje son cinco reales por cabeza.

– Ajá –Hege asintió.

– Creo que no vamos a llegar a ningún acuerdo, mocosas.

– Voy a mear –anunció Janne de repente.

Cruzó una significativa mirada con su hermana gemela antes de coger la faltriquera y escabullirse en dirección al cañaveral con su típico andar lento y holgazán. Tenía una idea, y estaba segura de que Hege también lo había pensado, pero Hege era más de hablar que de actuar. Además, de verdad tenía ganas de mear.

Cuando volvió, Hege seguía intentando venderle el caballo al idiota de Harb, que se obstinaba en proponer precios ridículos que no aceptaría ni el pobre más hambriento de los hambrientos más pobres.

– ¡Vaya! –exclamó Harb al verla llegar–. ¿Te has encontrado ese colgante entre los juncos?

– Escúchame, Harb. Esta yegua ha ganado más de cincuenta carreras. Se la robamos a un apostante que fardaba de ella el otro día en La Protegida. No bajaremos de ciento cincuenta. Podrás revenderla por más del triple, te lo aseguro.

– Cincuenta carreras… Ya veo. Una yegua rápida, ¿eh? Hum… Bien, bien. El triple. Sí, ahora que veo esas patas… Claro. Ciento cincuenta reales… parece una ganga. Chicas, aquí tenéis cincuenta. Esperadme un momento, voy a por el resto.

Cuando el barquero les dio la espalda, Janne sintió la mirada de Hege fija en ella. Estaba sonriendo. A ella también le entraron ganas de hacerlo, pero luego recordó que estaba de mal humor. Sonreiría cuando consiguieran la medicina para padre.

*

Tras atravesar el Lygna tuvieron que subir por un camino escabroso y dejar atrás la cadena montañosa. Durante los tres últimos días, Janne no había dejado de mirar atrás, preocupada por el mercenario que debía de estar volviéndose loco buscando el colgante. En cuanto a Hege, solo se había dedicado a parlotear. Primero con Janne, y cuando esta se cansó, con las ardillas. Y cuando estas huían mordisqueando sus bellotas, con las plantas, que no tenían adónde ir.

Ahora, cuando ya atisbaban las puertas de la ciudad, tocaba

aclarar un tema que habían dejado para más tarde por no ponerse de acuerdo.

– ¡Tendríamos la verdad de nuestro lado! –se inflamó Hege, que caminaba haciendo aspavientos con los brazos.

– La mentira, querrás decir –corrigió Janne.

– Sí, eso. ¿Qué más da? Convertiríamos mentiras en verdades, como lo que le hiciste al barquero con esa yegua demacrada. ¡Imagina si lo hiciéramos con ropa… –se quedó pensando un momento–, o con joyas! Nos haríamos ricas. ¡Riquísimas! Padre no tendría que volver a la mina nunca más. Podría descansar y…

– Vamos a venderlo, Hege. No empieces con tus planes descabellados.

– Pero ¿por qué? ¿Es que no me estás escuchando?

– Siempre lo hago. Y porque la gente hablaría. Quizá se le pueda mentir a una o dos personas, pero no se puede tener a toda una ciudad engañada. Los vecinos harían preguntas. ¿De donde han sacado el dinero las gemelas de Gakam? ¿Y Gakam ya no trabaja? ¿Cómo habrán comprado ese colgante que parece tan caro?

– ¡Precisamente! –se agitó Hege–. Tendríamos el colgante para inventarnos cualquier mentira. Además, no parece caro.

– No quiero vivir en una mentira.

– ¿Ni siquiera en una mentira feliz? ¿De verdad quieres seguir con esta vida de mierda? ¿Donde acabaremos, Janne, cuando la enfermedad se lleve a Padre?

Aquello no pilló a Janne desprevenida, porque ya lo había estado pensando durante los largos silencios del camino.

– No es solo eso, Hege. La gente codicia este colgante –Janne se lo sacó del bolsillo sin siquiera mirar alrededor–. Ya lo viste en La Protegida: varios locos lucharon por él en un agujero. Murieron por él. ¿Quieres vivir preocupada por saber cuando llegará el siguiente ladrón? Si no nos deshacemos de este colgante, la siguiente puñalada nos la llevaremos nosotras. ¿Quieres llevarte una puñalada?

– No –respondió con hosquedad.

– Pues eso. Se lo venderemos a Jakkop por la cantidad que nos prometió y nos dará el contacto del herborista que necesitamos. Salvaremos a Padre y viviremos como una familia unida.

– Unida en la pobreza.

– Es mejor que estar sola en la pobreza.

Hege pegó un bufido, pero no añadió nada. Su rostro dibujó un mohín entre el enfado y la decepción. Janne la entendía, pero había que ser realistas. Hege era la soñadora, y ella la de los pies en la tierra. Siempre había sido así.

*

Una vez, su padre le describió con todo lujo de detalles las

viviendas del Gran Bazar de Brahmana, y aquello debía de parecérsele mucho. O, al menos, así se lo había imaginado Janne. La hacienda del mercader era amplia y espaciosa, de no ser por el sinfín de cacharros amontonados por el suelo enlosado, los estantes combados, colgando del techo junto a lámparas de araña y atrapasueños de todos los tamaños.

– Jamás pensé que lo conseguiríais, chicas –admitió el mercader mientras guiaba a las hermanas por el estrecho pasillo que quedaba libre de trastos–. De hecho, tenía más esperanzas en Kinchi.

Jakkop era un tipo delgado y de estatura media, de buen vestir y sobre todo muy cuidadoso con su barba y un bigote que no dejaba de toquetearse.

– ¿Contrataste a otro ladrón? –preguntó Hege con un tono de voz entre la ofensa y la sorpresa.

– Ladrón no, guerrero. Un tostado. Antiguo cazador de Bocadragón. Pero, según me contabais, debieron de derrotarlo en la Franja. ¿Lo visteis?

Janne asintió, pero luego se dio cuenta de que iba la última y su gesto no había servido para nada.

– Lo vimos –aclaró Hege–. Luchó contra un tal Holger, un soldado de los Aasenborg –hizo una pausa–. Murió –otro corto silencio–. Igual que Holger.

– Una mala inversión. Pero ese tipo de inversiones no son sencillas. Por eso hay que asegurarse.

– ¿Éramos el seguro? –preguntó Janne–. ¿O la mala inversión?

– A Kinchi le pagué una quinta parte de lo acordado, prometiéndole el resto cuando me entregara el colgante a su vuelta. A vosotras no os pagué mas que con una promesa.

– Diez mil reales –pronunció Janne, todavía con la duda planeando por su mente–, y…

– Y el escondite del chamán Ghuwú.

Janne miró a su hermana, que parecía igual de sorprendida.

– ¿No era un herborista? –preguntó Hege.

– Si, bueno –se encogió de hombros–, todos los chamanes usan hierbas. Pero lo que necesita vuestro padre es un milagro. Los herboristas no hacen milagros, ¿verdad que no?

“Los milagros no existen”, quiso decir Janne, pero se abstuvo. Quería creer. Quería soñar. Como su hermana. Aún le quedaba una pizca de esperanza en algún rincón de su corazón. Por ella había acudido a La Protegida en busca del colgante.

– Los milagros son peligrosos –comentó en su lugar.

Llegaron frente a unas cortinas que el mercader descorrió, dejando que la luz de un patio trasero lleno de plantas inundara el interior repleto de cachivaches. Había una mesa en el centro de una tejavana,

rodeada de sillas acolchadas y dos hamacas extendidas de poste a poste.

El mercader las guio hasta la mesa y miró a ambas chicas con aire altivo.

– Es un chamán, no hace el tipo de milagros que están prohibidos. No os preocupéis, tiene los ojos de un solo color. Esperad aquí, voy a por el dinero.

*

Hizo tintinear la bolsa, y luego les instó a contar lo que había dentro.

– Ahora quiero estar seguro de que es el verdadero.

– ¿Cómo íbamos a comprarnos un colgante tan caro?

– Robándolo. Ponte el colgante y dime que es el de Sahelia. Si es el verdadero, no tendré más opción que creerte. Si no lo es, bueno, seguiré pensando que me la queréis meter doblada.

Janne comprendió. Tenía lógica, y no suponía ningún problema volver a usar el poder del colgante una última vez. Fue a ponérselo pero Hege la detuvo.

– Lo haré yo –dijo, firme.

No era momento para discusiones de gemelas. Janne aceptó a regañadientes, intuyendo lo que la avariciosa de su hermana pretendía.

Hege tomó el colgante y se lo puso alrededor del cuello. La piedra blanca emitía difusos brillos opalescentes según cómo le impactaran los haces de luz. Se quedó unos segundos atontada mirando su propia posesión.

– Hege –le avisó Janne.

– Sí, sí. Bien –se giró hacia el mercader, que tenía la vista fija en el objeto–. Este es el colgante de Sahelia, y te lo vamos a vender, tal y como acordamos, por veinte mil reales y el escondite del herborista capaz de curar la tuberculosis.

A Janne le dio un vuelco el corazón. ¿Y si no tenía tanto dinero? ¿Y si algo salía mal? Todavía no les había dado la información sobre ese chamán, y Hege había mencionado a un herborista. ¿Y si les daba la dirección de la persona equivocada?

– No conozco a ningún herborista capaz de curar la tuberculosis.

– Un chamán Ghuwú –corrigió Hege–. El escondite de un chamán Ghuwú.

– Oh, sí. ¡Por supuesto! Un trato es un trato. Habéis cumplido maravillosamente vuestra parte, ¿sabéis? Jamás pensé que seríais vosotras quienes me traeríais el colgante… ¡Pero la vida es una caja de sorpresas! –se echó a reír inclinando la cabeza hacia atrás tanto que Janne pudo ver la saliva en su paladar–. Dadme esa bolsa, por los

bigotes de Helm, ahí no caben veinte mil reales.

Capítulo 5: El Mercader

Compraba una dama en el mercado,
De ojos blancos y figura esbelta.
Joyas, pergaminos y espelta,
Mas… ¿cómo hacía, sin gastar un ducado?
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular.

Hacía años que Jakkop no se levantaba de tan buen humor. Sentía que había hecho la operación de su vida: había adquirido un colgante, pero no uno cualquiera. El pedrusco que colgaba sobre el cuello de su camisa gris era de un blanco opalescente e incluso al solitario fulgor de las velas reflejaba todos los colores habidos y por haber en el universo, o al menos los que conocía Jakkop. Estaba totalmente fascinado por esa joya que se había tragado mil mentiras para escupir mil verdades.

Se había adueñado del colgante de Sahelia por el módico precio de veinte mil reales. Quizá fuera descabellado a ojos del común de los mortales. Quizá a su mujer le pareciera un "despilfarro insensato", pero ¿qué iba a saber una mujer de inversiones? Quizá sus pares, los compañeros del gremio, le hubieran tachado de loco. Pero… ¿quién se hacía rico con movimientos sensatos? ¡El mundo pertenecía a los locos! Eso le había dicho una noche su padre, cuando lo había visto emborracharse por primera vez bebiendo brenivín de su zapato, porque decía que de la botella no caía bien el chorro. ¿Qué sabían ellos? ¡Ninguno sabía la de operaciones suculentas que iba a realizar gracias a esa gema opalescente que colgaba del cuello del hombre en el espejo!

Faltaba poco para el amanecer, de modo que se aprestó con premura para salir con el carro y preparar su tenderete en la Vía Séptima.

*

Miró al cielo, esperando a que se presentara el primer cliente. El sol iniciaba su recorrido hacia el centro de un firmamento completamente despejado, pero ardía sin ganas. Jakkop se arrebujó en sus pieles y prendió la pipa con un poco de yesca del zurrón. Observó con aburrimiento cómo el humo se mezclaba con el vaho y se difuminaba en el aire. Aquel era su ritual mañanero, a la espera de que se acercaran los compradores, mientras los demás mercaderes se saludaban a gritos, estrechaban las manos o felicitaban a tal o cual por la venta de la semana anterior o por el embarazo de pepita, sobrina de fulanito.

Él nunca había querido integrarse en ese grupo. En primer lugar

porque no había nacido en Parkka. En segundo, porque temía que si se juntaba con mediocres acabarían contagiándole. Y en tercero, porque ellos tampoco es que lo saludaran o se dignaran a mirarlo. Jakkop sospechaba que lo tenían por un inútil. ¿Acaso era su culpa que los habitantes de Parkka no supieran apreciar la calidad de los bienes que vendía?

Levantó otra vez la vista hacia el cielo, pero a medio camino se encontró con una cabeza calva y unos ojos amables mirándolo fijamente desde el otro lado del tenderete.

– ¡A la orden, gentilhombre! ¿En qué puedo ayudaros? ¿Loción crecepelo, tal vez?

– Solo vengo por unos zapatos –dijo, ignorando la recomendación–. ¿Qué tiene de especial la piel de esos de ahí para costar más que todo mi vestidor?

– ¡Perlas, amigo mío, perlas! ¡Esas bolitas blancas que bordan la puntera son nada más y nada menos que perlas de Isla Conejo! ¡Imaginaos la sonrisa de vuestra mujer cuando le llevéis ese pedazo de regalo!

– ¿Mi mujer? No le regalaría ni los cordones.

– No sabéis cómo te entiendo, caballero, ¡no lo sabéis bien! –corrigió su discurso–. Os recomendaría un bozal, pero me temo que el producto ha tenido tanto éxito que me he quedado sin existencias… –Jakkop le guiñó un ojo, apoyando un codo sobre el mostrador.

– Quiero esos zapatos para mi hija, pero no puedo pagar ni la mitad.

– Entiendo… –Jakkop observó a su cliente con ojo experto. Se le daba genial juzgar a las personas en una ojeada, o eso solía pensar él–. Sería un gesto… encantador por vuestra parte, amigo… Le llegaría al corazón, sin duda –Jakkop vio que el hombre asentía pensativo y cabizbajo. Había acertado–. Una vez le regalé unos pendientes a mi hija, ya sabéis, para que me perdonara por… algunas cosas que le dije. Funcionó. Pero hay que tener cuidado… Su perdón podría ser más caro que unos pendientes… Pero estos zapatos…

– Ya os he dicho que no puedo pagar ni la mitad.

– ¡Tengo más calzado, señor! Permitidme un momento para que os encuentre los adecuados. La mitad, decís. Veamos…

Jakkop se agachó y fingió que buscaba entre las cajas que tenía bajo el mostrador. Vio unos botines que no había logrado vender en lo que iba de año y pensó que era el momento de probar su nueva estrategia de venta. Sacó el colgante de su bolsillo y se lo puso alrededor del cuello, metiéndolo por entre sus pieles para que no se viera el ópalo. No estaba seguro si debía verse o no, pero solo había una forma de averiguarlo.

– ¡Estos! –exclamó Jakkop con una sonrisa tan falsa como

encantadora–. Estos serán perfectos. Son botines hechos en Rikkel, pero el cuero es de arbolobo. ¿Veis? Tocad, tocad, no tengáis miedo.

– ¿Arbolobo? Está restringida su…

– Restringida en Dareniel, caballero. El mercado negro provee de todo. El cuero de arbolobo está reservado para los nobles más nobles. ¿Es que no sabéis nada de moda? La mismísima reina llevaba botines de cuero de arbolobo en el día del nombre del príncipe Orjan.

– Parece cuero de becerro engrasado…

Jakkop se alarmó durante un parpadeo, pero logró imitar a la perfección una mueca de desdén y se ofendió como si hubieran mancillado el honor de su familia.

– ¿Becerro? ¿Cómo os atrevéis? –con un gesto rápido, Jakkop sacó el colgante de entre sus pieles y la piedra opalescente relució ante la luz matutina–. ¡Arbolobo, os digo!

– Arbolobo… ¡Vaya! Jamás había visto cuero de arbolobo.

– Pues claro que no. Mi mercancía es insólita. Solo comercio con materiales de alta calidad. Mirad esta suela. ¿Quién quiere cuero de vacuno? Esto es mucho mejor, es caucho. Pero no caucho de sharinga, no. Este caucho se hizo a partir de la savia del hevéo llorón. ¡Mucho más resistente, mucho más elástico y tan cómodo como la espuma!

– ¿Hevéo llorón? Nunca he oído hablar de….

– Pues claro que no. Es un árbol tropical. ¿Os parece este un clima tropical?

– No, claro. Tropical…

– Echad un vistazo a estas correas… ¿Veis? Son ajustables. ¡Y el cosido! ¡Mirad que maravilla! ¡Nada de cáñamo, no señor! Esto brilla. Es lo mejor de lo mejor, amigo mío, esto es cabello de plata engarzado con cerdas de jabalí ceniciento.

– ¿Cabello de plata? –el hombre con cabeza de huevo alzó mucho las cejas–. Pero… cuanto…

– No os preocupéis, caballero. Sé lo que es tener una hija. También sé lo estúpido que puede ser un padre de vez en cuando. Parecéis un buen hombre, sin embargo, y por eso estoy dispuesto a haceros este favor. Os lo venderé con una rebaja del cuarenta por ciento. ¿Me oís? Cuarenta. Eso significa que… Sí. Serán tan solo setecientos sesenta y seis reales. Toda una ganga, ¿no os parece? Ya os lo digo yo. ¡Es una ganga!

– ¡Una ganga, por supuesto! ¡Me los llevo!

El hombre volcó su bolsa de dineros sobre el mostrador y fue separando las monedas, cogió tres de ellas y las devolvió a la bolsa, el resto se las quedó el mercader, que sonreía mientras se metía el colgante por entre las pieles, contento por haberse desecho de esos botines de cuero de becerro triplicando su precio.

– Arbolobo –murmuró–, este colgante es una maravilla.

Paseó la mirada por todos esos trastos, imaginándose en lo que podía convertirlos con unas pocas mentiras y el poder de Sahelia colgando del cuello.

*

Ahí estaba otra vez. Jakkop odiaba al nuevo.

El muy sinvergüenza se había colocado prácticamente en frente de su puesto de venta, dos tenderetes a la derecha, entre el frutero y el gordo de los pergaminos. Era un sitio perfecto, porque la gente solía pararse a comprar fruta. A todo el mundo le gustaba la fruta, el que no quería manzanas se compraba una pera, y el que no quería peras se llevaba melocotones o cerezas o higos o… lo que fuera. Y el puesto del gordo de los pergaminos siempre estaba lleno de idiotas analfabetos que miraban las letras con una extraña fascinación, como si fueran gusanos retorcidos.

Él siempre había querido esa parcela, pero en su lugar le habían ofrecido un sitio al lado del pescatero, a su izquierda además, a donde el viento se ocupaba de llevar el aroma de los bichos marinos.

Pero el puesto era solo un detalle entre miles. El tipo era desgarbado, y a Jakkop no le gustaban los tipos desgarbados. Se sacudía el flequillo cada dos por tres para quitárselo de los ojos. ¿Quién diantre se teñía el flequillo de blanco? Llevaba una vieja camisa blanca abotonada hasta la mitad, dejando ver el asqueroso vello del pecho. ¿Por qué esas mujeres se paraban en su puesto y no en el de Jakkop? No veía sus pantalones, pero estaba seguro de que eran igual de viejos y baratos que la camisa. Por si no bastaba con ese acento extravagante que no sabía identificar, cantaba su mercancía con una voz pomposa que irritaba a Jakkop hasta lo más hondo. Para colmo, se había repeinado los bigotes hacia arriba y cuando sonreía parecía hacerlo por partida doble, con la boca y el mostacho. Jakkop odiaba ver sonreír a la competencia.

Y es que precisamente vendía lo mismo: mentiras. ¿Quién mejor que él iba a saber que el colgante de Sahelia que anunciaba a todos los viandantes era falso? ¿Cómo se atrevía? Lo mostraba en alto, al alcance de cualquier mocoso que se arrastrase por el mostrador y se zambullera en el río de gente como solían hacer los ladrones.

– ¡Cincuenta y siete mil reales! ¡Será para Ser Mabbo Cilesen, si nadie da más! ¿De verdad van a dejar que se lo lleve por tan poco?

Aquel tipo era un pícaro, y Jakkop odiaba a los pícaros. Más a los que le robaban clientes con mentiras. Y ya no estafaba a simples ricachones, no. Los Cilesen eran una familia ligada a la familia real por medio de Ebba Maarensen, la segunda esposa del rey Rukkop. Bodo Cilesen era nada menos que el tío de Ebba, y ese tal Mabbo debía de ser algún primo o hermano. Si Jakkop revelaba la argucia… seguro que se ganaría el afecto de esa gente importante.

– ¡Vamos, vamos! –seguía animando el estafador–. ¿Qué diría Sahelia si viviera para ver que se llevaban su colgante por menos de cien mil reales?

Aquello fue el colmo. ¿¡Cien mil reales!? ¿Pero quién se había creído ese charlatán? Apenas debía de haber una docena de personas en Parkka con tanto dinero la bolsa. Jakkop apretó los dientes. Era hora de arruinarle el negocio, se lo había ganado a pulso. Se llevó la mano al cuello y agarró la reconfortante piedra de ópalo. Desplazó la banqueta y se subió a ella, para luego dar otro paso y colocarse en pie sobre su propio mostrador.

– ¡Escuchad! –anunció–. ¡Ese no es el colgante de Sahelia, solo una burda imitación! Ese tipo os está engañando.

– ¿Y quien sois vos para afirmar tal cosa? –lanzó el timador–. No os vi en La Protegida cuando enterramos a la bruja. Ni os vi librar combate alguno en la Franja. Por este colgante han dado la vida buenos hombres, señor. ¿Creéis que serían tan idiotas como para morir por una imitación?

– ¡Lo serían! –exclamó Jakkop–. Porque el colgante de Sahelia está en mis manos –se sacó el colgante del interior de su camisa para enseñarlo a la confundida multitud–. ¡Este es el colgante de Sahelia!

Hubo un bisbiseo que recorrió toda la calle, atestada de compradores y curiosos. Muchos se giraron hacia el timador, y aunque Jakkop ya no veía sus caras, sabía que estaban enfadados. Pero otros seguían igual de confusos. Se preguntó si le creerían. Pero claro que lo harían, el colgante la confería el poder de la verdad. Entonces, se le cruzó por la mente la idea de venderlo. Con cien mil reales no tendría que volver a trabajar ni un solo día. Y podría largarse a vivir como un rey en alguna de las islas de Alderion. Se compraría una…

– ¡Pero vos me vendisteis una crema para curar la infertilidad! –exclamó un hombre de pelo largo y graso. Jakkop se acordó de él–. Algo que jamás había encontrado en ningún lado. Resulta sospechoso que…

– ¡Y a mí un ungüento para recuperar el cabello! –gritó indignado otro hombre. Jakkop también lo recordó y, tal y como suponía, seguía estando calvo–. ¡Pero no funciona! ¡Es un maldito timador!

– ¡Le creímos por el colgante! –añadió una mujer a la que había vendido una blusa con decoraciones de pirita alegando que eran de oro.

Jakkop tragó saliva al ver cómo se abalanzaba una jauría de clientes rabiosos sobre él. Se bajó del mostrador y pensó en escapar, pero no había forma de salir de su tenderete sin toparse con alguien furioso. Atisbó a unos guardias algo más lejos, pero no hicieron ademán de venir en su ayuda.

Barrió sus mercancías con el brazo y se encerró tirando del

mostrador hacia sí. Quedó a oscuras. Enseguida oyó que empezaban a dar golpes a la madera. Cada vez más golpes. Más fuertes. ¿Iban a darle una paliza? ¿Iba a morir? ¿Lo encarcelarían? Ojalá lo encarcelaran.

Los golpes cesaron de pronto. Por un segundo, Jakkop se alegró. Lo siguiente fue una lluvia de astillas cayendo sobre él. Un gran agujero le permitió ver a un grotesco soldado con un Pento tatuado en la frente. Un soldado de la Mano Celeste. Detrás de él había más.

Había oído rumores sobre lo que hacía con los herejes el cuerpo armado de la Iglesia. Pero estafar no era herejía. Estafar no era tan grave. ¿O sí? Las dudas cedieron ante el miedo.

– Po… Por favor… Por Limeres… –balbuceó.

Capítulo 6: La Iglesia

Hablaba una dama en el templo,
De ojos blancos y manos en Pento.
Los feligreses recitaban sus plegarias,
Mas… ¿oraban a Dios o a su emisaria?
Extracto de La Dama de las Mil Verdades, Poema Popular.

El serrín amortiguaba las pisadas de Tosco. Las tablas apenas crujían. Temió partir la mesa en dos cuando se apoyó sobre ella. A veces, a Tosco le habría gustado ser un hombre de estatura normal. Pasar desapercibido entre la multitud y poder hacer los trabajos de infiltración. Siempre le habían dado curiosidad esas misiones. Pero la naturaleza lo había hecho alto como un portón y ancho como un armario, condicionando totalmente los trabajos que le tocaban.

Retiró el peso de su cuerpo de la mesa y paseó la mirada por el sinfín de formones, cinceles, martillos, serruchos, escuadras y reglas de todos los tamaños. Luego, estudió el mueble que le estaba mostrando el carpintero. Era una verdadera obra de arte de madera con decenas de cajones pequeños y gavetas con trabajos de taracea dorados. Las esquinas tenían refuerzos de oro y el espacio entre los cajones estaba ocupado por incrustaciones de conchas y piedras preciosas. Los números que encabezaban cada cajón eran una autentica maravilla de la caligrafía, aunque estaban tan adornados que le resultaba difícil reconocer algunos. Además, Tosco no era un tipo muy letrado.

– Diecisiete… –el carpintero abrió el cajón del número mencionado hasta que hizo tope– Cuatro… –tiró del cajón número cuatro hasta la mitad– Y doce.

En cuanto el duodécimo cajón estuvo sacado por completo, Tosco oyó un curioso *clic*. Por mucho que le hubieran avisado, no pudo evitar asombrarse al constatar que se había abierto un cajón lateral sin que nadie lo tocara. Casi como por arte de magia.

– Diecisiete, cuatro, doce –repitió Tosco.

– Sí –asintió el carpintero–. Y recuerda, el cuatro solo hasta la mitad.

– Hasta la mitad.

– En cuanto al pago…

– El pago…

A Tosco siempre le resultaba incómodo el momento del pago. Visiblemente, el carpintero tampoco las tenía todas consigo. Le pareció que en sus ojos relucía un ápice de miedo, de inseguridad. ¿Sabría lo que le esperaba? Tosco rodeó la mesa con la cabeza gacha,

examinando meticulosamente el montón de herramientas, hasta que encontró unas tenazas que le parecieron apropiadas. Miró al carpintero mientras las asía.

Al principio trataba de impregnar algo de arrepentimiento en su mirada pero, con los años, había dejado de hacerlo. También había dejado de pedir disculpas. En sus primeros trabajos lo hacía justo antes de despedirse, pero después dejó de acompañar el portazo con el "lo siento". Porque eran unas palabras curiosamente difíciles de pronunciar, al menos por lo que a él respectaba. Y cuando lograba pronunciarlas, siempre era demasiado tarde. Cuando lo sientes, siempre es demasiado tarde, porque el daño ya está hecho. Además, a Tosco nunca se le habían dado muy bien las palabras, así que, ¿para qué hablar?

– ¿Qué… vas a hacer con eso? Firmamos un contrato –la voz temblorosa del carpintero lo sacó de su ensimismamiento–. No diré nada. Lo juro. ¡Lo juré!

– Estas son mis órdenes: cortarte la lengua y pagarte siete mil reales. Si te resistes, en cambio, se me permite matarte y quedarme con el dinero.

El carpintero tragó saliva. El rostro blanco como la pared en la que se apoyaba. La mandíbula muy prieta, los ojos muy salidos, las rodillas muy trémulas. Tosco avanzó a paso de tortuga, observando la reacción de su objetivo. Bien sabía él que podía matarlo y quedarse con el dinero, alegando aunque fuera mentira que el carpintero se había resistido. Pero a Tosco no le interesaba el dinero. Ni siquiera le interesaba matar. Solo le interesaba complacer a Limeres, y si Limeres, tal y como decía el pontífice, quería al carpintero sin lengua, entonces el carpintero se quedaría sin lengua.

Fue fácil. Unos leves lloriqueos. Unas lágrimas sobre su mano enguantada. Un poco de saliva. Fuego. Un tajo. Algo de sangre y dos bolsas de monedas bien llenas.

Tosco colocó el bargueño sobre el carro y se lo llevó a la salida. Antes de cerrar la puerta, saludó al carpintero con una tímida sonrisa. El tipo se estaba atragantando con su propia sangre. Pero con siete mil reales, al menos no tendría que volver a trabajar durante una temporada. Era relativamente justo, ¿no?

Relativamente justo.

*

Tosco escuchaba. Siempre lo hacía, y solo hablaba cuando se lo pedía el pontífice. Al fin y al cabo, lo que pedía el pontífice era lo que Limeres querría. Eso le habían dicho siempre. Eso seguía diciendo todo el mundo.

– Es la mejor oportunidad que tendremos para acabar con todos los herejes –dijo un sacerdote cuyo nombre Tosco siempre olvidaba.

No era un sacerdote cualquiera. Todos los allí presentes tenían un rango elevado en el seno de la Iglesia. Por lo que tenía entendido, el pontífice había reunido a la mayoría de sus limos, sacerdotes elegidos por él mismo para servirle. Era el segundo rango más elevado en la jerarquía eclesiástica limerea.

– Ya casi no hay herejes, hermano Godfrid –dijo otro limo.

– Y los herejes también tienen su función –terció el pontífice–. Siempre hay que tener a alguien a quien culpar.

¿Alguien a quien culpar de qué? Nunca entendía muy bien de qué iban esas reuniones. A Tosco no le gustaba pensar demasiado. Su madre siempre le decía que los excesos de cualquier cosa eran malos, de modo que, cuando notaba que se mareaba con tanto pensamiento, los apartaba a patadas. Quizá por eso se le diera mal la religión. La mejor solución para salvar su alma era aquella: confiar en la palabra del pontífice. ¿Qué persona podría ser más recta que él? ¿Quién mejor para mostrarle el camino hacia la salvación? Tosco no le temía a la muerte, no, pero cuando escuchó a aquel predicador hablar del averno tormentoso años atrás durante su visita a Val'Monde, supo que su alma estaba destinada a acabar allí. Y eso no le hacía ninguna gracia. Una cosa era una vida de sufrimiento, pero… ¿una eternidad de agonías? Ni hablar. Tenía que redimirse.

– ¡Quedan montones de ellos! En el Tiber veneran a sus dragones y sus Apos, en los Mil Reinos creen en los espíritus guardianes de cadenas, en Skylborg…

– Skylborg está deshabitado –interrumpió otro limo.

– ¡Y todos los que huyeron a las Islas del Borde! –siguió quejándose el hermano Godfrid.

– La gran mayoría de los que huyeran a ese sitio están muertos, ahogados en el fondo del mar –informó el pontífice–. Lo que nos concierne es el continente. Algún día, el Tiber será anexionado por Dareniel, y entonces su conversión a la religión verdadera será una mera formalidad. En cuanto a los Mil Reinos, el pontífice de Mohad es quien se encarga del envío de misioneros. La evangelización toma su tiempo, hermano. Limeres pide paciencia.

La puerta de hierro se abrió con un chirrido y apareció la mujer más hermosa que Tosco había visto nunca. Aunque ya la había visto varias veces a lo largo de su vida. Vestía una túnica de un verde grisáceo lo bastante ceñida como para realzar sus formas sutiles. Un broche dorado unía en su hombro derecho una capa negra con figuras bordadas en hilo dorado. El cabello castaño ondulaba grácil alrededor de su cuello. Tosco no sabía decir de qué color eran sus ojos, pero le recordaban a los de un gato. Desvió la mirada.

Algo en su interior le decía que debía de ser una bruja, porque siempre lucía igual de joven, desde que la vio por primera vez en el

banquete del día del nombre del príncipe Runar. Se dio cuenta de que tenía la boca abierta y optó por cerrarla.

– ¿Dónde está el bargueño, Svein? –inquirió con un tono que denotaba su enfado.

– Nadie se dirige a mí como…

– ¡El puto bargueño! –se impacientó la recién llegada, dando un golpe a la mesa y haciendo que sus pulseras tintinearan.

– Estabas muerta –balbuceó el hermano Godfrid, que aún no había sido capaz de cerrar la boca.

– Oh, sí. Algo he oído al respecto. ¿De verdad os lo habéis creído? –soltó un bufido y se apoyó sobre la mesa, al otro extremo de donde estaba el Pontífice presidiéndola–. El rey Rukkop necesita de mis dones para aclarar algunos temas relativos a la sucesión. Y yo necesito de mi colgante para complacer al rey. ¿Entiendes, Svein?

– Ese colgante ya no te pertenece, Sahelia –declaró el pontífice con calma–. Te lo robaron en tu tumba. Pasó de mano en mano. Fue regalado como trofeo, fue robado por bandidos, vendido por mercaderes, subastado en el mercado central de Parkka… La Iglesia lo recuperó y lo cuidaremos como es debido.

– ¿Estás desafiando a la autoridad del rey Rukkop?

A Tosco se le pusieron los pelos de punta. Esa mujer era hermosa como una peonía, pero peligrosa como una planta carnívora.

– En ningún caso me atrevería –declaró el pontífice con una sonrisilla y todas las miradas puestas encima–. Desafío la tuya. Ve a contarle al rey Rukkop por qué necesitas tu colgante, Sahelia. Ve y dile que llevas años manipulando la verdad con ese objeto. ¿Crees que le hará gracia saber que lleva toda la vida siendo informado por una secretista con un colgante capaz de convertir las mentiras en verdades?

Así que era eso. Un artefacto mágico. Tosco sabía que era un objeto importante, pues la Iglesia jamás habría pagado tanto por un bargueño para guardarlo. Pero había pensado que su valor residiría en su material, y no en su uso. Transformar la mentira en verdad. Un poder así en manos de la religión. Bastaría con reunir a los herejes en un lugar y ponerle el colgante a cualquier profeta para convertirlos. Incluso podría inventarse otros dioses. De hecho, podría crear su propia versión de la religión. ¿Y por qué no, su propia religión? ¿Y si la religión había sido creada de esa forma? ¿Y si vivían en una mentira?

Tosco se empezó a marear. Los pensamientos eran como puñetazos en la cabeza, tanto así que se llevó una mano a la testa, aunque solo fuera para rascarse.

– Pobre idiota –masculló Sahelia–. ¡Soy una secretista! Con eso debería bastarte para saber que no necesito de un colgante para

manipular la verdad. De hecho, estáis a punto de comprobarlo –la mujer se quitó el colgante que llevaba al cuello y lo posó en la mesa. En él refulgía una piedra de cuarzo rosa pulido–. Te has equivocado de colgante, Svein. Ese que guardas en el bargueño es falso, y no tiene poder alguno. El que buscas es este que te traigo. Si lo quieres… te propongo un trato. Es fácil. Solo tienes que apoyar a Runar como legítimo heredero al trono.

Se hizo un silencio devastador. Tosco sintió cómo su cabeza se volvía liviana. Como si una retahíla de pensamientos hubiera desaparecido de repente. Observó el colgante de Sahelia, ese con la piedra rosa sobre la mesa. No parecía excesivamente valioso. Pero luego vio el brillo en los ojos del pontífice. ¿Brillaban ante una promesa de poder? ¿Eran los ojos de un ávaro? ¿De una ambición desmesurada?

– ¡Tosco! –llamó la máxima autoridad de los limereos en Dareniel, y Tosco se irguió como un resorte–. ¡Trae el bargueño! Bruto, ayúdale.

A Tosco le costaba hablar en presencia de mujeres, de modo que el "sí" que había intentado pronunciar se había quedado en un murmullo quedo. Era mejor que la voz de pito que le solía salir en esas ocasiones. Asintió con la cabeza y se dirigió hacia el salón de las reliquias.

Al salir de la sala le invadió el frío del invierno recién llegado a Altsadum. Los pasillos no tenían chimenea, por desgracia. Tampoco tenía ninguna gana de conversar con Bruto, de modo que se encogió sobre sí mismo y caminó con rapidez. Bajó escaleras y recorrió un largo corredor hasta la sala de reliquias. Tosco se detuvo frente a una puerta adornada con remaches de oro. Sacó un manojo de llaves y la abrió al tercer intento. Estatuillas y objetos dorados refulgían ante el fuego del candil de Bruto y, al fondo, en la esquina en donde lo había dejado días atrás, estaba el bargueño.

Rehízo el camino con el bargueño a cuestas, ayudado por Bruto. Una tarea ardua incluso para esos dos gigantones.

– ¡Por fin! –exclamó Sahelia dándose la vuelta al verlos entrar, con esa cara de enfado que enamoraría a cualquiera, o al menos a Tosco–. ¿Pero cuantas reliquias tenéis para tardar tanto en encontrar un bargueño? ¡Ni que fuera un pendiente!

Lo colocaron en el suelo junto a la pared, allá donde había señalado el pontífice. Este se acercó con un crujir de rodillas y paso lento y, finalmente, se puso a tirar de los cajones.

– Diecisiete… Cuatro… ¿Dónde está el doce? Oh, aquí.

Sacó el último cajón hasta el final y… no ocurrió nada. La máxima autoridad de la religión limerea en Dareniel se mordió el labio, pensativo. Sahelia carraspeó. Tosco sabía donde estaba el fallo, pero no se atrevía a hablar en presencia de Sahelia, y menos para corregir

al sacro pontífice.

– ¿A qué estás jugando, Svein?

– Tienes que aprender a dirigirte a mi en otro tono, Sahelia, y sobre todo olvidarte de mi nombre. Este trasto debe de estar oxidado, o algo. Quizá la madera se haya hinchado con la humedad, o… Tosco, Diecisiete, cuatro, doce. Eso era, ¿verdad?

– El cuatro –le salió un gallo de lo más ridículo y tuvo que carraspear para preparar una voz más masculina–. El cuatro solo hasta la mitad, pontífice.

– Oh, ¡cierto! Cuatro… –lo empujó hacia dentro y un ligero clic resonó en la sala.

Se abrió un cajón lateral. Tosco ya lo había visto antes, en el taller del carpintero, pero no dejó de asombrarle. Sí, se olía la magia en el ambiente.

El pontífice mostró la ovalada pieza de ópalo refulgiendo ante las llamas del hogar. Acto seguido, Sahelia y él intercambiaron sendos colgantes, aunque, justo antes de soltar el suyo, Sahelia quiso asegurarse del trato.

– ¿Qué harás a cambio de este colgante, Svein?

– Cuando el rey Rukkop muera, la Iglesia Limerea apoyará al príncipe Runar como legítimo heredero al trono.

– Júralo, Svein. Delante de todos tus fieles. Júralo por Limeres.

– Lo juro –recitó extendiendo una mano y enseñando su palma, simbolizando un Pento–. Por Limeres, Sagrado Redentor, Padre de Todas las Cosas.

Todos los presentes correspondieron con la señal del Pento, aceptando el testigo del juramento. Sahelia asintió y posó sus ojos en cada uno de los presentes, incluido Tosco. Aquello le provocó un pequeño escalofrío y no supo a qué achacarlo. Cuando apartó el remolino de pensamientos, vio a Sahelia girarse y salir por la puerta. ¿Se había despedido?

*

Dos horas después seguían hablando de herejía y de evangelización, pero Tosco se había puesto a observar el rocambolesco vuelo de una mosca que andaba zumbando por el ventanal y a veces se acercaba a inspeccionar su oreja. Tosco odiaba los yelmos, pero quizás odiara más las moscas zumbando en la oreja. Alguien golpeó la puerta y unos segundos después aparecía el hermano Tallak con un pergamino enrollado en la mano

– ¿Qué ha pasado, Tallak? –preguntó el pontífice–. ¡La reunión empezaba a mediodía!

– Que ¿qué ha pasado? ¡Padre Bendito! ¡Lo peor! ¿Nadie os ha informado? Claro, ¿quién iba a hacerlo? Has dado órdenes de no molestar en ninguna circunstancia. Ese imbécil de Ingolf ha estado a

punto de no dejarme pasar. ¡A mí, que soy Limo desde hace veinte años!

– ¿Qué ha pasado, por Limeres? –urgió el hermano Godfrid.

– El rey ha muerto –anunció sin prolegómenos, acercándose para dejar el pergamino sobre la mesa–. La reina Asta Felenburg os reclama para jurarle lealtad.

– ¿Asta? ¿Asta se ha hecho con el trono? –preguntó el pontífice, perplejo.

– Es lo que he estado tratando de averiguar. Así es, pontífice. Su tío Flint está en la ciudad y ha traído a todos sus hombres. Los Aasenborg controlan la capital.

– Creo que… tenemos un problema, pontífice –declaró el hermano Godfrid, girándose hacia su líder.

– ¿Eso crees? –el pontífice apretó la mandíbula–. ¡Mierda!

La torta que se pegó en la mejilla retumbó mucho más de lo que había esperado. Todos los sacerdotes se giraron hacia él. Para colmo, la mosca seguía ahí. “Mierda”, pensó Tosco.

Epílogo

Las líneas que se dispone a leer el lector fueron extraídas de una bola de papel arrugada, encontrada en el bolsillo de la casaca del infame mercenario Darío Le Guen, cuando se le confiscó esta prenda al ingresar en las Mazmorras de Altsadum.

*

Esta es la narración más escrupulosamente fiel a los hechos que jamás se ha escrito sobre lo realmente acaecido tras la muerte de la célebre secretista Sahelia. Armado únicamente de una vieja y cansada pluma, este humilde cronista les cuenta, sin florituras ni exageraciones, la verdadera verdad detrás de la terrible sucesión de incidentes que provocó el escurridizo colgante opalescente.

*

Todo empezó con esa trifulca en la ventosa aldea de La Protegida, en las faldas de la Dorsal Baja del lejano norte. Ocurrió tras el entierro, sin siquiera demorarse un segundo para llorar el cadáver, un puñado de jayanes descerebrados se opusieron a que el colgante fuera enterrado con Sahelia, que descansa en paz, aunque despojada de su más preciada posesión.

Así, una muerte acarreó otra más, pues allá en las tierras salvajes la fuerza es reina y la razón plebeya. Solucionaron sus diferencias en la Franja, tal y como dictaba la tradición local, y el colgante fue cambiando de manos a medida que los vencedores cambiaban de nombre. Fueron un total de ocho brutales y espeluznantes duelos que acabaron con la vida de siete honorables caballeros. Han leído bien, sí. ¡Fueron siete! Un alma fue arrebatada al diablo, y todo gracias a la piedad y compasión del famoso bienhechor Darío Le Guen, ni más ni menos. Fue él quien, en el último combate, sin duda el más desequilibrado, optó por el perdón, tan carente en esas inhóspitas tierras. Y así, Le Guen partió de La Protegida con el colgante de Sahelia y otra canción para que los bardos siguieran alimentando su leyenda mediante la música y las rimas.

El justiciero hizo un alto en una fonda donde, por hacer el bien, acabó siendo víctima de traición. ¡El diablo tomó cuerpo de niña! Esas andrajosas diablillas no debían de tener más de quince, a lo mucho. Al verlas mendigando, con harapos manchados de sangre seca, barro húmedo y quien sabe qué otras porquerías, Le Guen las sentó a la mesa consigo. Les dio el alimento que su piel necesitaba para recuperar el color. Les dio una cama que borró las bolsas negras que tenían bajo sus ojos fríos y llorosos. Les dio las ropas que hasta una princesa habría envidiado, devolviéndoles la confianza y la luz de sus sonrisas. ¿Y qué le dieron ellas a cambio? ¡Engaño! ¡Ingratitud! ¡Deslealtad! Le robaron el colgante y se fueron en mitad de la noche, sigilosas como serpientes.

Pero, nuestro sabio y justo soldado del Bien no se dejó engañar. Es prácticamente imposible burlar a una leyenda como Le Guen, que conocía todos los ardides habidos y por haber. El bueno de Darío las siguió desde la distancia, con vistas a protegerlas de los peligros que el colgante les acarrearía, por supuesto. Pobres crías. Lo vendieron. Lo vendieron por un precio tan bajo que a Le Guen hasta le dio pena. Tanta que fue a dejarles otra bolsa de dinero en la talega que escondían entre los brezos.

Y así, nuestro apreciado Darío fue tras el comprador, un infame embaucador que se las daba de mercader, y que empezó a hacer uso del mágico colgante para estafar a las gentes honradas que acudían a él en busca de bienes de utilidad, en el mercado central de Parkka. Así argumentó que el cuero de los botines era de arbolobo y los vendió a precio de oro. Así explicó que su vino había envejecido cincuenta años en barricas de madera de Shandri Wa, la ciudad perdida, y eso que el personaje apenas llegaba a los cuarenta. Así inventó que su salmón podrido había sido ahumado por el mismísimo Nobel Fumé, que llevaba siglos bajo tierra. Así vendió patas de rata como si fueran ancas de rana, huevas de salmón como si fueran de esturión, mieles que curaban el reuma, ungüentos que impedían la vejez o incluso mejunjes para revertir la infertilidad. Eso y muchos otros despreciables engaños que este cronista se siente incapaz de repetir.

Todas esas sucias transacciones llegaron a oídos de nuestro noble justiciero por boca de los damnificados, que ni siquiera se percataban de la estafa. Estaban bajo el hechizo del colgante, sin lugar a duda. Nuestro astuto Le Guen decidió entonces pagar al impostor con su propia moneda, e hizo fabricar un colgante parecido al de Sahelia y reemplazó el ópalo del orfebre por una piedra de amatista mucho más espectacular. Alquiló el puesto de un honrado calderero por varios días y, una mañana en el mercado central de Parkka, se puso a anunciar la venta del colgante de Sahelia a voz en grito. Los compradores más adinerados se acercaron a observar el colgante. Le hicieron preguntas sobre su procedencia. Él les explicó todo su recorrido, desde la muerte de su creadora, enterrada en el cementerio de La Protegida. La subasta duró más de lo que tarda el sol en recorrer el cielo, de modo que siguieron con las pujas al día siguiente, hasta llegar a unos valores escalofriantes. Un escándalo para un colgante falso. Eso debió de pensar el infame embaucador, que todo veía, atento, desde la sombra de su carromato. Como ávaro que era, empujado por esa codicia que tienen los ladrones de la índole más rapaz, exclamó por fin: "¡Ese colgante no es el de Sahelia, porque el único y verdadero lo tengo yo!". Huelga decir que aquel error bastó para que los honrados compradores ataran cabos y comprendieran. El tipo fue apaleado, apedreado, empalado y linchado y el colgante, por desgracia, acabó en las trémulas y perversas manos de la Iglesia Limerea.

Pero Le Guen no se rindió entonces. Su pequeña búsqueda del colgante

se acababa de convertir en una cruzada por impedir que los herejes limereos impusieran sus falacias como verdad suprema a todo el continente.

Con este fin, el legendario liberador de RImena, el héroe de los Cerros de Lodo, en más de mil luchas soldado del Bien, azote de los Escarabajos, Segundo Alfanje del corsario Delaveine, guadaña honorífica del gobernador de Brahmana, descubridor del árbol de la niebla, guardián del secreto de las nubes, glorioso campeón de La Protegida, invicto en la Franja, decidió que ya era hora de expandir su leyenda al campo del sacerdocio, e infiltró las filas limereas con una determinación inquebrantable y una fe en sí mismo mucho mayor que la que jamás depositaría en Limeres. Y así fue como Le Guen se convirtió en el gran Profeta por unos días.

Tras la terrible muerte del rey Rukkop, varios rumores llegaron a los oídos de nuestro héroe. Rumores que sugerían un lugar mucho más adecuado para el colgante que la sala de reliquias de la Iglesia Limerea: el cajón de la alcoba de la reina.

La infiltración en el palacio no sería cosa sencilla, desde luego, pero… ¿acaso hay algo que el legendario Darío Le Guen no pueda hacer? Cambió la sotana celeste y el escapulario por ropas de buena seda más adaptadas para la corte y se dispuso a infiltrarse en el mundo de la opulencia y el engaño, armado hasta los dientes de una labia innata y un carisma infalible.

Nota del autor

Estimado lector,

Muchas gracias por leer este relato de las Crónicas de Edalom. Espero que hayas disfrutado con los personajes de este relato. He querido experimentar con algo que se saliera de lo normal, como una historia sin personaje principal. Como probablemente ya sabrás, Dareniel es un territorio de un mundo que estoy construyendo con pasión y del que solo has visto una pequeña porción. ¡Hay muchas más aventuras esperándote en otros rincones de Edalom!

Como autor autopublicado, mi mejor publicidad es la que me pueda hacer el lector. Por eso, si la historia te ha gustado, agradecería muchísimo que añadieras una reseña en la página donde la compraste o descargaste.

Si quieres mantenerte al tanto de nuevas publicaciones, puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde encontrarás otras de mis historias. También puedes seguir al tanto suscribiéndote a la lista de emails en mi página web, www.albertoiturralde.pro (lo sé, es una dirección web extraña, pero el .com estaba ocupado jeje).

¡Hasta la próxima!